

החומר הנמכר
JULIO CESAR C3RL3771

CU3N70 Y CONFORTO

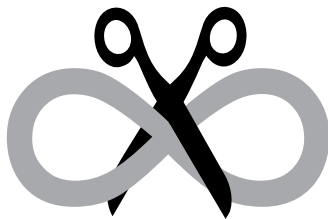


SEÑALES DE HUMO

JULIO CÉSAR CERLETTI

**CUENTO
Y CORTO**

**Antología de microcuentos
y relatos breves**



SEÑALES DE HUMO

Cuento y corto

Primera edición octubre de 2016

© Julio César Cerletti

Diseño de cubierta: Julio César Cerletti

Señales de Humo

<https://jcerletti.wordpress.com/>

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de este libro, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización.

*A Rubén Pablo Cano, profesor de
Historia, por enseñarme el valor de lo
concreto, conciso, correcto.*

CONTENIDO

<i>Advertencia (o consejo)</i>	13
<i>Prólogo</i>	17
Cuento y corto.....	19
A dos bandas	20
El secreto del secreto	23
Diez consejos para emplear bien el inglés sin parecer un tilingo.....	24
Paso en falso	26
Coincidencia presuntuosa	27
Temporal I	29
El vivo después de la muerte	30
Ellos.....	32
Igual no es igual	33
360°	35
El superhéroe	36
Abismo	40
El paso de montaña	41
Temporal II	42
Esto no es sobreesdrújula.....	43
Razón de eficiencia	45
Señales apocalípticas	46
Idolatría	48
Idolatría 3.0	49

Esto no es un texto.....	50
El perro	51
Temporal III.....	53
Los inmortales	54
Una tarde de lluvia.....	56
Cuentas	57
Creyente	59
Hinduljensia	60
Alguien hizo algo.....	62
Suerte finita.....	63
Temporal IV	65
Literatura infantil	66
Ceguera	68
¿Qué se siente?.....	69
Descubrimiento ambiguo	72
Mi Muro	73
El peso de la probabilidad	75
Inteligencia artificial.....	76
Al margen.....	80
Ahora no es ahora	82
Temporal V	83
Pixelado.....	84
Solidaridad.....	86
El secreto del éxito.....	87

El típico caso en que se tarda más tiempo en contar lo que pasó que el tiempo que duró la acción que se está relatando	89
Holocausto artístico.....	90
Endemoniado.....	92
Reformulación políticamente correcta.....	93
Crédulo.....	95
Revolución	96
Nadería.....	97
Dislexia.....	98
Replicante	100
Espera	101
Temporal VI.....	103
La historia de un fracaso	104
Estupideces	107
Apocalicsi sombi	108
El cobrador.....	110
Alas cortadas.....	111
Anhelo	112
Vida social.....	114
Plagiando a Cortázar.....	115
Pregunta trampa.....	116
Motivación	117
Americanos	118

Temporal VII.....	119
El zurdo	120
En la cuerda floja	122
Mi primer poema	123
El grillete.....	124
Errante	125
Troll on fire	127
Galimatías manifiesto.....	128
Secuestro Muy Sofisticado.....	129
Engañado	130
Hacinamiento	132
Perder el tiempo	133
Metaforado.....	134
Olvidadizos	137
Grandilocuencia radical	138
Método científico	140
Vida eterna.....	141
Entendidos.....	143
Artifugios del habla.....	144
Silencio.....	145
Seguí soñando.....	146
La verdadera lluvia	147
Delay	149
Veinte	150
Impostores	152

Opiniones.....	153
Migración ética	154
Cuento de relleno.....	155
Triple negación	157
Bucle.....	158
Ideas revolucionarias.....	159
Románticamente equivocado.....	161
Razonable.....	162
Cambio y fuera.....	163
<i>Índice alfabético.....</i>	<i>164</i>

ADVERTENCIA (O CONSEJO)

Imagine que lo que usted tiene en sus manos no es un libro, sino una caja de bombones.

Ahora olvide la imagen de Forrest Gump sentado en un banco y quédese solo con la caja de bombones.

Es cierto que hoy en día los bombones son elaborados en industrias, pero todavía quedan maestros chocolateros que dedican tiempo y esmero a idear, preparar, decorar, presentar, embalar y servir cajas de bombones artesanales variados, cada uno distinto del otro, cada uno especial.

Si uno abre la caja y ve el conjunto, puede pensar: son todos iguales, pequeñas piezas de entre cuatro y ocho centímetros cúbicos hechas a base de chocolate. Pero en unas se empleó chocolate amargo, en otras chocolate con leche, en algunas chocolate blanco, y las hay que mezclan variedades de cacao en diferentes proporciones; algunas encierran frutos secos, otras los exhiben como tocados; las hay discretas, de apariencia sencilla, pero con licores cautivos entre sus paredes; y las hay con pasas, cereales crocantes, confituras, mermeladas y puede que (si tiene suerte) hasta dulce de leche.

Es muy probable que a usted no le gusten todos los bombones por igual, es natural. Tendrá su preferido, y otras personas tendrán el suyo. Y es posible que no sepa cuál es hasta que los haya probado todos.

Ahora bien, con una caja de bombones delante para usted solito puede optar por dos caminos: uno, devorar un bombón tras otro hasta que su hígado le diga basta, o el azúcar en sangre se dispare a niveles no recomendados por la OMS, o hasta que se har-te de chocolate para lo que queda de temporada; el otro, comer un bombón por día, saboreándolo despacio, tratando de reconocer sus ingredientes, reteniendo sus aromas y matices de modo tal que el re-gusto perdure con intensidad durante al menos unas horas (si no por siempre, en los extraños laberintos de la memoria).

Usted puede elegir entre el atracón de dulces, donde el sabor de uno es rápidamente enmascarado por el de los siguientes; o bien la degustación suave y pausada, meticulosa. En el primer caso (y en el mejor de los casos), olvidará pronto la caja de bombones (o, en el peor de los casos, visitará las urgencias médicas entre vómitos y maldiciones); en el segundo caso, habrá podido ser partícipe del delicado trabajo del maestro chocolatero.

Recuerde: los dulces no se comen por hambre, sino por gusto.

Vuelva ahora sobre el libro. Es el mismo caso. En cada relato, incluso en el más breve, hubo un trabajo de preparación, de reflexión, una cuidadosa selección de vocablos, metáforas y juegos de palabras pensados para el deleite del lector. Si lo lee de corrido

en una tarde (es perfectamente posible; incluso le va a sobrar tarde), quizás su memoria registre pasajera-mente dos o tres relatos que le resultaron curiosos, y que olvidará al cabo de unas semanas; si, en cambio, dosifica su lectura a un cuento por día, tendrá garantizados cien días de un divertimento que va más allá de la lectura en sí y se prolonga en meditaciones, risas y exploraciones.

Hallará en estas páginas de todo un poco, y no todo le parecerá igual de entretenido, ingenioso, ocurrente, intenso, edificante, gracioso o profundo. Es natural. Pero es probable que haya una pieza que, a la larga, signifique algo importante para usted. Y la única manera de descubrirla es mediante la paciente disección de cada una de las hojas encuadernadas en este volumen.

A menos que a usted no le guste el chocolate y prefiera comer otra cosa. (O que, como los perros, no pueda metabolizar la teobromina y el chocolate le resulte tóxico).

PRÓLOGO

Cada palabra cuenta.

Cuento y corto

Uno, dos, tres y cuatro. Cambio.

A dos bandas

Carlos buscaba el golpe definitivo. Llevaba jugando (y perdiendo) al billar demasiado tiempo, y ya era hora de empezar a ganar. “Tranquilo, todo llega”, le decían los otros. Pero a Carlos se le acababa la paciencia.

Fue un viejo en el bar de Boedo quien le dijo que había un lugar, en Avenida de Mayo, donde se juntaban los que sabían de verdad. Ahí se hacían cosas realmente importantes; o al menos eso se decía. Le recomendó que fuera, que mirara y que intentara descubrir el secreto. Si tenía suerte, alguno se lo iba a explicar.

Carlos fue y pasó ahí noches enteras. Pero no percibía nada fuera de lo común, nada que él no hiciera ya. Los jugadores acertaban poco y se equivocaban tanto como él, o incluso más. Todos parecían sumidos en la misma mediocridad de los ambientes que Carlos frecuentaba. ¿Dónde estaban esos que sabían la verdad, el gran secreto del billar?

A punto de perder las esperanzas, una noche los vio. Al fondo, dos tipos, cada uno en su mesa, en partidas diferentes. Parecían estar en sus propios

asuntos cuando, de pronto, empezaron a moverse en sincronía, como si uno imitara los movimientos del otro en tiempo real. Calcados como reflejos en un espejo, ambos tomaron sus tacos, se inclinaron sobre la superficie de paño, midieron y golpearon la bola con idéntica ceremonia. Las esferas describieron iguales trayectorias en los rectángulos, tocaron dos bandas y remataron la jugada; cuando dejaron de rodar, quedó dibujada la misma constelación de bolas sobre ambos tapetes verdes. Y los dos jugadores contemplaron el diseño con uniforme postura: el taco vertical, aferrado por la mano izquierda un poco más arriba que la derecha, los hombros relajados y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante.

“Ése es el golpe”, pensó Carlos, “tiene que ser el golpe”. Se encaminó hacia los jugadores. “Tengo que pedirles que lo repitan”, se dijo, “tengo que vencerlos de que lo vuelvan a hacer”. Pero antes de que llegara a ellos, el hechizo se esfumó. Cada jugador cambió de posición y habló con sus otros contrincantes de manera disímil, en una aberrante asimetría que parecía destruir la armonía del Cosmos.

Carlos, no obstante, avanzó hacia las mesas del final. Se plantó entre ambas, aun maravillado por la perfecta consonancia de las esferas, y dijo a los jugadores:

–Tienen que enseñarme ese golpe.

Los dos extraños se miraron y luego a Carlos.

–Ni idea, pibe. Yo es la primera vez que juego –le dijo uno.

–Yo llevo años –dijo el otro–, pero este golpe no tiene nada de especial. De hecho, es bastante malo.

–No puede ser –insistió Carlos–. Acaban de hacer los dos exactamente el mismo golpe. No puede ser casualidad.

Los jugadores volvieron a mirarse entre sí con expresión entre incrédula e indiferente, y decidieron ignorar a Carlos, que permaneció unos segundos inmóvil, esperando una respuesta que no llegaría.

El juego siguió, las bolas continuaron rodando y sobre los paños se perfilaron esquemas cada vez más desiguales. Se sucedieron las pifias, los errores y las victorias del menos malo. Carlos se resignó, suspiró amargamente y se fue para no volver.

Apenas cruzó la puerta hacia la calle, como si hubiesen estado esperando a que se esfumara la mirada inquisidora de Carlos, en todas las mesas de billar se lanzó la misma jugada: las esferas giraron, golpearon las bandas y chocaron con idéntico ímpetu, a idéntica velocidad, con idéntico ritmo; y los jugadores sonrieron con la misma sonrisa e idéntica satisfacción.

Y entonces, en algún lugar del Universo, nació una estrella.

El secreto del secreto

–Nunca, pero nunca de los nunca, tenés que fiarte de (o hacerle caso a) una persona que esconde secretos.

–¿Por qué?

–No te lo puedo decir. Es un secreto.

Diez consejos para emplear bien el inglés sin parecer un tilingo

1. Primero y principal, emplee el inglés *solo* cuando vaya a comunicarse en inglés.

2. Evite usar palabras en inglés cuando exista un término equivalente en castellano (no rebuscado ni antediluviano, a menos que quiera aparentar un estilo vintage).

3. No intente parecer un winner alardeando de sus conocimientos de inglés. Ello no lo convertirá en una celebrity entre sus partners.

4. No se deje influir por la jerga pseudotécnica de los coachs o los charlatanes del management y el marketing. Ellos no suelen tener el know-how apropiado.

5. Deshágase de las expresiones híbridas hace tiempo asimiladas como “estoy a *full*”, “repartimos *fifty-fifty*”, “*sorry* gorda”, “se fue al *corner*”, “página *web*” o “me hicieron un *by-pass*”. Si no nos cuidamos de estas mezclas después parece que está todo okey.

6. Es definitely important que no use palabras en inglés en cada una de sus frases. No way. Sería too much.

7. No fowardeé ni linkeé textos que contengan anglicismos innecesarios o neologismos basados en el inglés.

8. Jamás confunda el latín con el inglés: *datum* (o *data*), *campus*, *addenda* y el lema del sello americano “*e pluribus unum*” son términos tan ingleses como Robert Ludlum o Cassius Clay.

9. Pregúntese antes de empezar a hablar: *Am I sure that I want to speak in English?*

10. Evite hablar en inglés.

Paso en falso

Hace tiempo encontré la verdad. Pensé que era importante guardarla, así que la metí en una caja fuerte. En cuanto trabé la cerradura, apunté la combinación para no olvidarla. Pero, claro, ya era falsa.

Coincidencia presuntuosa

Que Cortázar haya pensado antes que yo (y que además haya escrito) el argumento de *Una flor amarilla* no quiere decir que a mí no se me hubiera ocurrido antes que a él (mejor dicho, antes de saber que a él se le había ocurrido antes). Quizás, debo creer, ni aquel Julio ni este Julio somos tan originales después de todo (¿quién no vio a un niño alguna vez en el colectivo y se le pasó por la cabeza la idea de estar viendo una imagen de sí mismo en la lejana infancia?); si me pongo a rastrear en la literatura y sus aledaños del cine y la televisión, es posible que encuentre muchas otras historias de adultos reconociéndose en rostros infantiles.

Pero lo aterrador del asunto es el enfoque [**ojo al spoiler**]: la revelación de que ese niño es uno mismo, condenado a repetir (con los matices de las circunstancias) la misma vida de uno, en un bucle eterno que es el destino de un alma inmortal.

Por eso, después de leer *Una flor amarilla* quise imaginar que (en sentido figurado) yo era el niño que Cortázar vio en su autobús, y que el hecho irrefutable de que ambos Julios hubiésemos tenido

la misma ocurrencia encadenaba nuestros destinos convirtiéndonos en la misma persona, en ese espíritu obligado a reiterarse.

Hasta que recordé que yo jamás fui capaz de leer *Rayuela* y que, además, la teoría de la inmortalidad del alma era cosa de un personaje borracho y fracasado.

Temporal I

–*Sosténgame esto un segundo.*

–De acuerdo.

Crash.

El vivo después de la muerte

La humanidad se pregunta, desde la noche de los tiempos, qué hay después de la muerte (si es que hay algo). La pregunta se repite y se suceden las respuestas fantasiosas, tan elaboradas como reiterativas, iguales a la metáfora sobre el Origen encapsulada en el sintagma *la noche de los tiempos*.

Nadie que haya pisado el reino que se extiende más allá de los oscuros muros de la Muerte ha regresado jamás para relatar qué hay (o no hay) del otro lado. Algunos moribundos hablaron de una luz al final del túnel (otra figura retórica que, en este caso, designa esperanza), pero nadie puede confirmar que sus recuerdos correspondan al exacto momento en que sus funciones vitales estuvieron paralizadas y no a otra etapa de su vida como, verbigracia, el nacimiento o una excursión al Karst esloveno.

Hay, por tanto, dos certezas claras en torno al gran misterio que aqueja al ser humano: la primera de ellas es que la humanidad jamás podrá dar una respuesta en voz alta sobre el destino final de nuestras almas (si es que hay almas, si es que hay destino

final); la segunda, que cada uno de nosotros acabará sabiéndolo tarde o temprano.

Quizás por ello el famoso *Asesino de la Revelación* escribía a sus víctimas unas sugerentes invitaciones a la que sería su última cena, en las que afirmaba gozoso: “*Esta noche, después del postre, sólo unos pocos elegidos podrán conocer, finalmente, la respuesta al Misterio más importante de la vida*”.

Además de por quince asesinatos, fue condenado por estafa. Cobraba a razón de cien dólares el cubierto.

Ellos

-No nos dejan ser libres.

-¿Quiénes?

-Ellos.

-¿Ellos quiénes?

-Los poderosos.

-¿Qué poderosos?

-Los que mueven los hilos.

-¿Qué hilos?

-Los del Universo. Los que deciden todo.

-¿Todo-todo?

-Todo.

-¿No es mucho?

-Para ellos, no.

-¿Ellos quiénes?

Igual no es igual

Igual no es lo mismo. Igual es equivalente; lo mismo es idéntico.

Dos más dos es igual a cuatro; pero dos más dos no es lo mismo que cuatro. La suma de dos cifras (de la misma cifra) no es lo mismo que una cifra suelta, aunque tengan igual valor.

En cambio, 01 y 10 son los mismos dígitos, pero no son iguales. Los primeros son la unidad acompañada de un cero a la izquierda; los otros juntos son el símbolo convencional de la perfección.

No es lo mismo un gol de taco (después de veinte pases consecutivos, dos caños, tres paredes, un sombrero, diez toques de primera y cinco gambetas de antología) que un gol lastimero, empujado a la red con la rodilla después de cinco rebotes confusos y aparatosos. Pero los goles valen todos igual.

El sol es el mismo desde hace cientos de miles de años; y sin embargo, no es igual sentirlo filtrándose entre las nubes en una fría mañana de invierno, que abrasándote en una tórrida tarde en el desierto.

Las mujeres son todas iguales, pero no todas son lo mismo. Hay unas que nos morimos por conocer, y otras que preferiríamos no haber conocido.

Por eso creeme si te digo que me da todo igual, aunque no todo me da lo mismo.

360°

Acabo de descubrir una gran verdad del Universo: no hay grandes verdades del Universo.
(De modo que no descubrí nada.)

El superhéroe

Se llamaba José. Parecía un hombre común y corriente. Pasó desapercibido buena parte de su vida hasta que un día, en público, tuvo que hacer uso de sus superpoderes: volvía del mercado con su anciana madre cuando ella, presa repentina de la demencia senil, se arrojó a cruzar las vías con la barrera baja; José se lanzó tras ella y detuvo al tren con su propio cuerpo sin sufrir daño alguno.

Lo vio todo el barrio y salió en los noticieros. A partir de aquel día comenzaron a reclamarlo con insistencia bomberos, policías y científicos. Todo el mundo quería tener a su disposición su fuerza y su resistencia física sobrenaturales. José, en cambio, quería volver a su antigua vida familiar, suburbana, en la que reservaba sus pequeños milagros para asombrar a los sobrinos o echar una mano a los cuñados.

La prensa y los políticos, por su lado, no dejaban de reclamar un mayor *compromiso* de José con argumentos de todo tipo, verbigracia: “un gran poder conlleva una gran responsabilidad”; o “José debe honrar su *don* haciendo buen uso de él”. Cada

uno a su modo, cada uno a su tiempo, interpretaba lo que significaban esos poderes y cómo debían traducirse en acciones concretas. Algunos veían en José al hombre de salvamento, al héroe por excelencia, al que era capaz de penetrar en las llamas para rescatar al inválido o nadar en mares embravecidos para remolcar a las embarcaciones lejos de sus seguros naufragios. Otros lo imaginaban como al superpolicía de las historietas, uniformado con los calzoncillos por fuera del pantalón, persiguiendo criminales por toda la ciudad. Pero los ecologistas también lo soñaban como a un aliado en potencia, protegiendo a las ballenas de los predadores balleneros; los revolucionarios lo imaginaban a la vanguardia del proletariado; y los constructores veían en él al obrero incansable, por mencionar solo a unos pocos grupos de los que se disputaban sus servicios.

No todo el mundo, sin embargo, celebraba las destrezas de José. Algunos se negaban siquiera a considerarlo humano, afirmando que son nuestras debilidades las que nos definen como especie. Otros veían en él la amenaza del tirano, recurriendo al argumento de que “el poder absoluto corrompe absolutamente”. Sin olvidar, por supuesto, a ciertos grupúsculos feministas que consideraban a José la aberrante exaltación de la fuerza bruta machista; o a los intelectuales de suplemento dominical, que trazaban parábolas sobre la impotencia de la omnipotencia amparados en una caricatura del superhéroe.

Entre tanto, José permanecía recluido en su casa de barrio, soportando estoicamente a los paparazzi, a los videoaficionados, a las llamadas de teléfono, a los vecinos curiosos, y a las improvisadas

manifestaciones que se formaban cada vez que se le pedía que interviniese en esto o aquello (o cuando se le reprochaba no haber intervenido en esto o aquello).

Todo fue así, más o menos, hasta que llegó el meteorito. Los astrónomos lo tenían vigilado y, a priori, su camino no se cruzaba con el del planeta Tierra. Pero la inesperada colisión de la enorme roca espacial con un objeto insospechado desvió la trayectoria del proyectil, dirigiéndolo al encuentro con la órbita terrestre. El apocalipsis era cosa de días.

Cuando los datos y cálculos fueron confirmados ya no había margen de maniobra. No había armas en la Tierra con el poder de destruir o desviar al meteorito. Solo había una fuerza sobre el planeta capaz de detenerlo: José. La ONU formó inmediatamente un comité de negociación para que convenciera al involuntario superhéroe de que abandonase su encierro y salvara al mundo.

Una hermana del hombre más buscado recibió a los miembros del comité en la puerta de su casa, vestida de negro desde los pies a la cabeza. “Mamá murió hace poco”, explicó la mujer a los enviados de Naciones Unidas. Cruzaron el patio de la casa chorizo hasta la habitación de José, que los atendió desgastado: “¿Quieren tomar algo: mate, vino, gaseosa...?”, ofreció.

Los funcionarios prefirieron ir al grano. Sacaron mapas, gráficos y presentaciones animadas para explicar a José lo que se venía y el plan previsto para evitarlo donde él, José, era por supuesto la pieza clave. Cuando terminó la exposición, el presidente del comité resumió la situación: “José, usted es el único que puede salvar al mundo”.

“La cosa es que a mí el mundo me chupa un huevo”, les respondió José con gesto cansado.

Los representantes de la ONU insistieron por horas (“piense en su familia, en sus amigos, en el barrio, aunque sea”), pero no consiguieron conmover a José para que cambiara de parecer. Probaron incluso con algunos ases en la manga (dinero, poder) y José continuó mostrándose indolente e inflexible. Incrédulos, los emisarios abandonaron la casa del superhéroe sin formular declaraciones a la nube de periodistas que los esperaba en el exterior.

Abismo

Despierta de golpe, sobresaltado. La ventana de la habitación está abierta (lo sabe, él la dejó así), pero la noche del campo es cerrada y serena; no hay luz ni sonido que se cuele por la abertura, y la pieza es una caja de oscuridad y silencio absolutos.

Intenta explicar el susto, por qué abrió de repente los ojos al negro. Empiezan a brotar imágenes, mezcla de sueños y recuerdos: un paseo por el acantilado, unas vistas preciosas del mar embravecido y las rocas de la costa, el viento, unas fotos, un mirador en lo alto, la búsqueda del encuadre perfecto, un paso más jugueteando con el abismo, una racha de aire, un resbalón, una caída al vacío y el despertar en la nada.

El paso de montaña

Hace muchos años, dos antiguos reinos se disputaron en cruentas guerras un paso de montaña. Durante décadas se sucedieron batallas multitudinarias, se tendieron arteras emboscadas, se edificaron fortalezas que fueron asediadas y destruidas. Muchos príncipes ganaron y perdieron su prestigio conquistando y defendiendo el paso, del que bajaban ríos teñidos de sangre hacia los fértiles valles a uno y otro lado de la cordillera.

En determinado momento, un terremoto sacudió los cimientos de la tierra y desmoronó las paredes de roca sobre el paso, haciéndolo impracticable. Pero para entonces los dos reinos ya habían desaparecido, consumidos por el esfuerzo de la guerra.

Temporal II

–Disculpe, ¿tiene usted un minuto?

–Sí. Tengo todo el reloj.

–¿Le importaría dejármelo?

–Eso es una pérdida de tiempo.

Esto no es sobreesdrújula

Un hombre levanta una cartulina, la enseña a un auditorio y pregunta: “¿Cuántas letras tiene esto?”.

En la cartulina se lee: *sobreesdrújula*.

Los miembros del auditorio cuentan mentalmente. Unos se ayudan con los dedos. Algunos creen que la respuesta correcta es *catorce*. El listo que todo lo sabe y que nunca falta murmura: “Sobra una *e*”; aunque se equivoca, como casi siempre.

Otro duda acerca de si la tilde computa como una letra o no.

Y una minoría considera que se trata de una pregunta trampa, porque las letras duplicadas (*s*, *r*, *e*, *u*) cuentan como una sola letra y, por tanto, el total es *diez*.

“Tiempo”, dice el hombre de la cartulina. “¿Y bien?”, pregunta al auditorio.

Después de unos segundos de embarazoso silencio, el auditorio balbucea confusamente un polifónico y casi unánime *catorce*, mezclado con un par de *trece*, un *quince*, tres o cuatro *diez* y algunas toses incómodas.

Al fondo se levanta un tipejo desgarbado que insinúa con firmeza: “Cuatro”. El auditorio ríe. Un anónimo especula entre las carcajadas: “Te falta un *uno*”. El hombre de la cartulina, en cambio, se lo queda mirando con odio.

“*Esto* tiene cuatro letras”, amplía el tipejo, y se va sin esperar respuesta.

Razón de eficiencia

Teniendo en cuenta que ocho de cada diez clientes estaba satisfecho, que siete de cada veinte personas no era cliente, y sumando que cuatro de cada cinco no-clientes querrían serlo y que ocho de cada doce de los restantes estaba insatisfecho con los servicios de la competencia (de los cuales tres de cada cuatro estaba muy insatisfecho), el nuevo director de Marketing y Ventas pensó que su trabajo iba a ser muy fácil, que el producto se vendía solo y que podían ahorrar mucho dinero en publicidad y personal.

Lo primero que hizo fue despedir al que confeccionaba las estadísticas.

Señales apocalípticas

Pancho empezó a contarle su historia a Pepe con el nunca bien ponderado “no sabés lo que me pasó...”:

–No sabés lo que me pasó anoche. Resulta que yo estaba planchando los calzoncillos con la televisión de fondo. Viste, como cuando la tenés ahí como si fuera la radio, onda ruido de fondo, tipo compañía. Realmente no estaba mirando nada en particular. Si me apurás, ni siquiera me acuerdo qué programa había ni en qué canal estaba. Entonces, de repente, empecé a sentir un sonido así como “ululante” –y Pancho reforzó la palabra haciendo el gesto de las comillas con los dedos–, una especie de *úhu-úhu-úhu-úhu-úhu...* Al mismo tiempo, más grave, había otro ruido rítmico, como un *bum... bum... bum...* atravesado por otro más agudo y variable, parecido a ese sonido que hacen las radios cuando se sintonizan. Entonces miré al televisor y en la pantalla había una espiral de colores en movimiento, una cosa re hipnótica. Yo, al principio, creí que se había roto la tele, o movido la antena, o algo así; pero entonces los ruidos ululantes esos bajaron de volumen

y de la televisión salió como una cabeza, así como en 3D, asomándose de la pantalla como si estuviera hecha de un líquido o un gel multicolor. Y la cabeza me miró y me dijo: “La suerte de la humanidad está echada. Su tecnología será su fin. Su tecnología será nuestro principio”. Y después se volvió a meter dentro del televisor, así todo rápido, y los sonidos pararon y apareció una imagen de la teletienda con un pelapapas o algo así.

Pepe escuchó la historia con los ojos abiertos, la mandíbula desencajada y todo el asombro del mundo pesándole en los hombros caídos. Cuando Pancho terminó de narrar, Pepe no pudo evitar la pregunta:

—¿Vos planchás los calzoncillos, boludo?

Idolatría

Una imagen vale más que mil palabras.

Idolatría 2.0

Un *meme* vale más que 140 caracteres.

Esto no es un texto

Todo
texto
es una
imagen (un
montón de líneas,
generalmente negras
sobre fondo blanco) que
se interpreta según reglas
socialmente codificadas. Pero
este texto no. Es una imagen
que tiene forma de barquito,
o de algo parecido.
Pero
no tiene
sentido
alguno.

De modo que no merece la pena ponerse a leerlo, porque no se va a encontrar nada de provecho. Simplemente se han usado las letras, las palabras y las frases, dispuestas de manera poco habitual, para hacer un simpático dibujito. Un poco infantil, es cierto, pero curioso.

No es habitual (aunque tampoco original)
ver un barquito hecho con palabras.

Así que eso: esto no es
un texto.

El perro

La vi venir primero a ella: una muchacha linda, elegante, con buenas formas, figura esbelta, porte altivo y rostro hermoso, de ojos verdes enmarcados por una cabellera castaño claro, lacia y brillante. Y después lo vi al perro, que se unía a la joven mediante una correa roja, de cuero gastado por el uso y las marcas típicas del mordisqueo canino, el de los dientes ansiosos por que los saquen a pasear.

El pichicho era de tamaño medio, lo que realmente no significa mucho hablando de perros: cualquier can más grande que un chihuahua o un pequinés, y más pequeño que un gran danés o un san bernardo, es un perro mediano. Por el color de pelo habría dicho que era un labrador, pero no acababan de encajarle esas orejas, más propias de un setter irlandés. La cola, en cambio, parecía de un husky, y la forma en que terminaba el hocico me hacía pensar más bien en un golden retriever.

La muchacha se dejaba llevar despacio por el animal, que atravesaba el camino principal del parque con la normalidad de un habitué. Me pregunté cómo no los había visto antes (a la preciosa muchacha o al

curioso perro, cuyo tranco me recordaba al de un foxhound americano). Me gustaba el aire de seguridad y desenfadado con el que se movía ella, y me intrigaba enormemente la raza de aquel chucho (¿y si era tan solo un cachorro, con sus rasgos a medio definir? Eso explicaría tanto que no lo hubiera notado en anteriores paseos, como que fuera más difícil asignarle un pedigree). A medida que se acercaban a mi encuentro (al banco donde siempre me gustaba parar a contemplar el atardecer) me propuse que aquel día no concluiría sin conseguir el nombre (y el teléfono) de la joven, y que saldría de dudas sobre la raza de la mascota (cuanto más se aproximaba el perro cobraba un inconfundible aire a cocker spaniel que casi podía ahorrarme la pregunta; pero era precisamente esa pregunta la que iba a abrirme las puertas de la muchacha).

De repente, el perro forcejeó del arnés para lanzarse ansioso a olfatear mis manos, que lo recibieron entre curiosas y divertidas, procurando ser amables con el animalito (y tanteando la estructura ósea, muy similar a la del lebrele); mis caricias fueron de sincero agradecimiento: el pichicho, sin saberlo, había arrojado a la chica hacia mis brazos.

Aproveché la ocasión de inmediato: fingiendo desinterés por las caderas de la joven que irrumpían en mi campo visual, falsamente orientado al análisis de la raza canina (ora un Kuvasz, ora un pastor de Tatra), pregunté haciendo gala de mi versión más simpática:

–¡Qué lindo! ¿Qué es?

–Yo creo que es un perro –respondió ella, con frío sarcasmo. Después dio un ligero tirón a la roñosa correa, llevándose a la bestia consigo.

Temporal III

–*¿Podría decirme qué hora es?*

–No lo creo. Puedo decirle lo que marcan las agujas. Pero hay husos horarios diferentes, relojes que atrasan y adelantan, y teorías complejas sobre la relatividad del tiempo. De todos modos, yo no me preocuparía mucho. La hora no es más que una entelequia humana, divisiones artificiales en el continuo devenir de la cuarta dimensión. En otras palabras: la hora no existe.

Los inmortales

Juan Martín Pérez Ruitort ha consagrado su vida a comprobar empíricamente la existencia de seres mitológicos, comúnmente calificados como “sobrenaturales”, “fantásticos” e “imposibles”.

En una de sus azarosas indagaciones, creyó dar con los inmortales. Dejó anotado en su diario:

“Los inmortales existen. Los he visto. No tengo aún pruebas, pero sí indicios. Sé que son ellos por su comportamiento, por su indiferencia ante la muerte.

”Estaba en mi automóvil, por la avenida, avanzando a unos dos o tres kilómetros por hora debajo del máximo permitido. Y entonces un hombre se lanzó a cruzar a mitad de calle, en un lugar que, a priori, no estaba habilitado para tal fin; quizás le convenía cortar camino y se lanzó al asfalto sin pensárselo más. Ni siquiera miró hacia mí o a los otros automóviles que marchaban por la avenida; vista al frente, concentrado en el otro lado, el inmortal cruzó y punto. Nadie lo tocó, pero creo que no le habría importado sufrir un golpe.

”Comencé a prestar atención, observando a cada peatón con detenimiento: los había cautelosos,

prudentes, e incluso miedosos; pero otros, en cambio, mostraban la misma actitud que aquél, totalmente arrojados, despreocupados, casi insolentes. Estaba claro que les daba lo mismo ser atropellados que no. Son los inmortales”.

Poco después de escribir estas notas, Pérez Ruitort murió en un accidente de tráfico dejando su obra inconclusa. Nadie ha continuado sus investigaciones.

Una tarde de lluvia

En una tarde de lluvia no hay por qué pasárselo en casa, bajo una manta, recostado con un libro o mirando la televisión. Se puede salir al parque sin paraguas y sentir las gotas golpeando en la frente, estallando vivas a nuestro alrededor, y no como un sonido ahogado en el techo de chapas.

En una tarde de lluvia se puede ir a chapotear en los charcos y sentir el aroma de las plantas que perfuman el aire como agradeciendo el chaparrón.

En una tarde de lluvia uno puede salir y agarrarse un tremendo resfriado que lo obligue a pasarse las siguientes tardes de sol bajo una manta, recostado con un libro o mirando la televisión.

Cuentas

Nicasio Conte era contador. Pasaba sus días entre sumas y restas, debe y haber, activo y pasivo, ingresos y gastos. Quizás por eso elaboró su teoría sobre la vida.

Al principio, una persona no tiene nada. De hecho, no es ni persona. Con el correr de los años adquiere hábitos, costumbres, afectos, gustos, manías, fobias, odios, rencores, anhelos, sueños, decepciones, ilusiones, desengaños, frustraciones y otras emociones que llamamos *experiencia*, además de bienes y objetos materiales (de mucho o poco valor monetario; de mucho o poco valor sentimental).

Sin embargo, no se trata de un mero proceso acumulativo. Por el camino también va perdiendo cosas: olvida una afrenta, se divorcia, se arruina en las apuestas, cambia de paladar, se distancia de los viejos amigos, abandona sus planes, se deshace de traumas, extravía una carta, lo traiciona la memoria.

Más o menos entre a adolescencia y la tercera edad, la experiencia se vive como una constante entrada y salida que apenas se percibe (un amor reemplaza a otro, una tristeza tapa a la anterior), como

un mercadeo de venturas y desventuras destinado al equilibrio en el largo plazo. Pero al final de los días, la sensación es diferente y la persona solo cuenta pérdidas: su generación se extingue poco a poco, las modas pasan, su música se silencia, deja de comprender el mundo que la rodea y acaba arrojando a un contenedor de la basura esa caja de recuerdos que ya no recuerda qué debía recordarle.

Y así concluye sus cuentas Nicasio Conte. Después de muchas adiciones y sustracciones, uno acaba la vida igual que la empezó: con nada.

Creyente

–Hola, ¿cree usted en Dios?

–*No.*

–¿Y en dioses?

–*Tampoco.*

–¿En la suerte o el destino?

–*No.*

–¿En la ciencia?

–*¿Y eso qué es?*

–¿Cree en algo?

–*Creo que no.*

Hinduljensia

Beto creía que *parricida* era alguien que estropeaba una parrillada. Florentino usaba *cansino* para describir a alguien cargoso, pesado. Ceci pronunciaba *picsa*, *espetacular*, *indijnante*, *acsurdo* o *motus propio*, entre otras. Antonia nunca empleaba la palabra *gato*, pero sí *mish*, *michín*, *michifuz*, *morrongo*, *atorrante*, *energúmeno*, *salvaje*, *desgraciado*, *desorejado*, *gordo*, *pompón* o *viejito* para referirse a su Alfonso. Y su hermana Clotilde directamente hablaba del felino como si fuera una persona, provocando más de una vez algún desagradable equívoco.

Piero balbuceaba su cocoliche, sobreactuado con los años. Ramona se tragaba sistemáticamente todas las eses finales de las palabras, ya fueran plurales u otras como *síntesis*, *análisis*, *tifus*, *humus*, *herpes* o *tropos* (aunque no solía toparse mucho con estos vocablos).

Pero al final nos entendíamos, que era lo importante. Todo el mundo se aceptaba, excepto por Domínguez, que me miraba con reprobación cada vez que yo exculpaba algún error y me acusaba:

“Vos dale, nomás, bancate cualquier cosa. Pero seguro que si uno de estos sería periodista o político, capaz que no eras tan indulgente”.

Alguien hizo algo

Cuenta la leyenda que había una vez, hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana, una historia que nadie contó. Por eso no se sabe de qué trata y no se puede decir nada más acerca de ella. Así termina la historia: colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Suerte finita

Ubaldo estaba convencido de que la cantidad de suerte (buena o mala) que una persona iba a tener en la vida estaba predeterminada al nacer. De modo que si, por ejemplo, a uno le tocaba el premio gordo de la lotería con veinte años de edad, era probable que el resto de sus días transcurrieran sin más sorpresas agradables; o que si, supongamos, uno quedaba huérfano muy joven, también era posible que ya no tuviera que vivir otro trauma similar.

No obstante, era difícil predecir cuántas desgracias o fortunas esperaban a cada uno, porque según Ubaldo la buena y la mala suerte no se repartían en cantidades iguales para cada individuo: los había suertudos e infelices, o equilibrados (a cada desgracia, un golpe de buena suerte, y viceversa), o personas grises a las que nunca les pasaba nada demasiado bueno ni demasiado malo. Es decir que uno podía ganar la rifa de la panadería y haber agotado su ración de buena fortuna; o podía perder un día cincuenta centavos y haber liquidado así sus cuentas con la fatalidad. O bien, por el contrario, se podía

encadenar un golpe bajo tras otro, o también una serie indefinida de bienaventuranzas.

A pesar de todo, Ubaldo intentaba calibrar para sí la buena suerte que le quedaba disponible y, sobre todo, procuraba no malgastarla. Así, por ejemplo, evitaba los juegos de azar, especialmente aquellos que se disputaban entre amigos sin dinero de por medio, como mero pasatiempo, no fuera a ser que una inútil sucesión de buenas manos agotara su fortuna. Aún más, Ubaldo se volvió frío y distante, rehuendo de compañeros cuya amistad habría supuesto (a los ojos de cualquiera) un regalo del destino; o de amores insinuados en la mirada pícaro y divertida de una mujer que, según Ubaldo, solo un golpe de suerte podía cruzar en su camino. Esperaba de esta manera acumular su buena suerte para algún momento crucial de la vida en el que le hiciera verdadera falta.

Por otra parte, Ubaldo tomaba siempre algún ligero riesgo de más, tentando a la mala suerte, tratando de que se manifestara en pequeñas dosis sin llegar nunca a convertirse en una hecatombe: era frecuente verlo con rasguños, moretones, resfriados, quemaduras o leves retrasos en sus citas producidos por sus voluntarios descuidos.

Ubaldo vivió una vida triste y solitaria durante casi cien años, sembrada de diminutos fracasos, caídas y golpes. En su lecho de muerte, concluyó que su mayor fortuna había sido su longevidad, y su mayor desgracia el haber creído en la suerte.

Temporal IV

–¿Qué día es hoy?

–El que va después de ayer y antes de mañana.

–¿Pero eso no fue ya el otro día?

–Es que siempre es hoy. Hoy es la eternidad.

Literatura infantil

Tengo un amigo invisible.

Mi amigo invisible juega conmigo.

Cuando juego con otros niños, mi amigo invisible me ayuda a esconderme.

Mi amigo invisible hace las tareas conmigo. Mi amigo invisible vive en la calculadora que hace las cuentas y es la voz que lee mis libros de texto.

Cuando me siento sola, mi amigo invisible me hace compañía.

Y cuando estoy con mucha gente pero no me hacen caso, mi amigo invisible charla conmigo.

Mi amigo invisible es muy divertido.

Mi amigo invisible es mi mejor amigo.

Mi amigo invisible me visita también incluso de noche.

Cuando las luces se apagan y todos duermen, mi amigo invisible me susurra al oído: “Mátalos a todos”.

Y después se ríe, se ríe y se ríe. Pero solo yo puedo escucharlo.

¡Qué gracioso, mi amigo invisible!

Mi amigo invisible sabe que no puedo hacerle caso, porque cada vez que intento levantarme me doy cuenta de que duermo atada a la cama con correas.

Ceguera

Un viejo ciego que buscaba la inmortalidad me confesó: “Aún no la he hallado, aunque llevo miles de años persiguiéndola por todo el mundo”.

¿Qué se siente?

–Finaliza el partido. Ganó el equipo local por dos a cero. Tenemos en el campo a Rodolfo Frascara con algún protagonista del encuentro.

–Así es, Juan Carlos. Estoy con el defensor visitante, Gustavo Dell’Orto. Gustavo: hoy no salió ninguna bien.

–Y, no, así es el fútbol. A veces no tenemos un buen día, no se dan bien las cosas y ya está. Ahora tenemos que mirar para adelante y pensar en el próximo rival.

–Arrancaron bien en el primer tiempo, pero se fueron desinflando y al final pagaron muy caros los errores de cara al gol.

–Y sí. Como te digo, no hicimos un buen partido, no supimos aprovechar nuestras ocasiones y... bueno, ya está. Ahora nos quedan diez finales y tenemos que seguir para adelante.

–El segundo gol vino por un error tuyo. ¿Cómo te sentís?

–Bueno, son cosas que pasan, ¿no? Uno trabaja en la semana para hacer las cosas bien, pero después, en la cancha, por ahí no estás en el mejor día y

ya está. Pero bueno, lo pasado pisado y hay que tirar para adelante.

–Muchas gracias, Gustavo. Era para ustedes Gustavo Dell’Orto, que se retira ya a los vestuarios después de una nueva derrota.

–*Gracias Rodolfo. Creo que Matías Posse tiene a otro protagonista del partido. Adelante, Matías, ¿con quién estás?*

–Gracias, Juan Carlos. Estoy con el goleador del partido, el señor Telmo Soldati. Telmo: dos goles inolvidables en un momento muy especial, después de casi dos meses sin encontrar el arco y en un partido tan complicado de cara a la permanencia. ¿Qué se siente?

–Es un éxtasis de júbilo. Las venas me hierven en un torrente desenfrenado de emociones encontradas. El corazón estalla al ritmo de los tambores que aceleran la galera de mis esperanzas rumbo a la costa tantas veces soñada. En la mente se suceden los recuerdos de la angustia y el desconsuelo, el sufrimiento pasado, advertencia presente de que nada está hecho, de que el fracaso aún es posible. Pero las piernas no dejan de temblarme como a un adolescente después del primer beso y las manos, inquietas, son incapaces de obedecer a los impulsos racionales que pretenden retomar el control de este cuerpo lleno de energía, joven y salvaje otra vez, sediento de nuevas experiencias. Estoy en el limbo de las aves y los delfines, en la gloria del guerrero. Ahora mismo, soy uno con el artista que acaba de plasmar su mejor obra, con el sabio que acaba de realizar un descubrimiento. Siento el poder de una revelación, de una comprensión universal más allá

de la razón, que quizás dure tan sólo unos segundos, pero que jamás me abandonará, que recordaré por siempre como el día en que vi con mis propios ojos la verdadera naturaleza del infinito.

–Vamos a una pausa y enseguida volvemos.

Descubrimiento ambiguo

Yo era perfeccionista hasta que descubrí que era inútil.

Mi Muro

En la adolescencia, cuando íbamos al colegio, pintar en el muro del baño (o en el de los pasillos, para los más atrevidos) el nombre de una banda inventada, de un supuesto *gang* en el que uno se integraba con cuatro o cinco amigos, era como darle una entidad a la cosa.

La banda no era más que cinco o seis jóvenes que escribían el nombre del grupo en un muro, pero quienes no conocían a los jóvenes veían el texto y pensaban: “He ahí una banda”.

A veces, entonces, se sucedían las disputas entre grupos mediadas por la generosa pared de los retretes, en donde los miembros de una banda escribían desafíos o amenazas a los de la otra, que respondían y doblaban la apuesta, sin que nunca llegase a pasar nada más grave que un insulto falto de ingenio. Los grupos jamás llegaban a verse las caras (a veces iban a turnos y/o cursos diferentes, y ni siquiera cruzaban su ignorancia inocente en escaleras o patios) y su paso por el mundo se desvanecía con la limpieza anual que (en ocasiones) se encargaba a los propios alumnos.

Pese a todo, al despedirnos del colegio nos quedaba la sensación de haber formado parte de algo más grande, y soñábamos con ese rincón escondido en el que un alumno del futuro descubriría nuestro nombre grabado con marcador indeleble y nos imaginaría como el terror de los claustros –y tal vez, por querer parecerse a nosotros, él y sus amigos reiniciarían el ciclo de pintadas–, sin adivinar que nuestro mayor logro en la efímera carrera de delinquentes juveniles había consistido en dejar aquella marca oculta a la vista de los preceptores.

El peso de la probabilidad

–Es imposible que un piano se te caiga encima de la cabeza –le dijo a su amigo cuando caminaban por la calle.

Al cabo de unos diez metros, un piano se precipitó sobre él, aplastándolo por completo.

–Improbable. Se dice *improbable* –corrigió su amigo.

Inteligencia artificial

Un grupo de científicos de todo el mundo y de todas las disciplinas trabajó durante décadas para crear una máquina que fuera capaz de pensar y comportarse como un ser humano. Al principio emplearon materiales inorgánicos (chips de silicio, metales) y plástico para dar forma y contenido al aparato. Pero los biólogos y psicólogos del grupo pronto comprendieron que, para que la máquina pudiera pensar y actuar como un ser humano, debía ser capaz de *sentir* como un ser humano, por lo que su estructura física tenía que ser igual a la del *Homo sapiens sapiens*.

Con mucho esfuerzo, los laboratorios consiguieron sintetizar todo tipo de tejidos y células, desde la piel a las neuronas. Pero cada prototipo que diseñaban resultaba ser similar a un adulto, una persona que no había tenido infancia ni adolescencia, sin recuerdos ni experiencias. Por lo tanto, su conducta era extraña, anormal, inverosímil.

El grupo se dividió entonces en dos corrientes: los que sostenían que debían programar una memoria artificial en el robot; y los que se inclinaban por crear un robot-feto, que se incubara en un

útero artificial y que se criara con padres artificiales, como única y verdadera forma de crear vida e inteligencia artificial. Los primeros estaban encabezados por el ingeniero informático Pierre Numlocq, mientras que los segundos seguían las ideas de la microbióloga Brigita Mutterhoch.

Los científicos de Numlocq presentaron al cabo de diez años a iWilly-10, la máquina que culminaba sus investigaciones: a simple vista era un hombre adulto, de entre 25 y 35 años, blanco, altura y contextura medias, pelo castaño, ojos marrones, con una incipiente barba brotándole en el rostro, vestido con un pijama y un albornoz, medias de algodón y pantuflas. El día de su presentación oficial, los científicos condujeron a los representantes de las entidades que financiaban el proyecto y a los periodistas hasta una casa especialmente diseñada para que el *sujeto* pudiera ser observado sin que fuera consciente de que era observado (en cuartos con espejos polarizados, como la cámara Gesell, o bien mediante videocámaras monitorizadas desde un salón subterráneo). Los asistentes se asombraron mucho al ver al *hombre* tan completamente humano, cuyos gestos (todos y cada uno, desde el más nimio rascarse la oreja, hasta la complicada maniobra de cargar a la vez las botellas de cerveza, la bolsa de papafritas y el sándwich de salame hasta el sofá) los hacía con la naturalidad que uno espera en una persona. Luego lo observaron mientras iWilly-10 miraba un partido de fútbol, y se sorprendieron de que hinchara por uno de los equipos y de que, pese a estar solo en la habitación, insultara a viva voz al árbitro, a los rivales y a algún jugador de su propio cuadro que acababa de cometer un fallo.

Tras cuatro horas de voyeurismo, Numlocq se reunió con los patrocinadores y reporteros y respondió a sus dudas y preguntas.

–¿Cómo sabemos que es un robot y no una persona, un actor, haciéndose pasar por un robot? –inquirió mordaz un periodista.

–El proceso de elaboración de iWilly-10 está completamente documentado en el dossier que les adjuntamos, donde detallamos paso a paso su construcción. Creo que eso despeja todas las dudas sobre lo que acaban de ver.

–¿Y cómo podemos estar seguros de que este robot piensa como un humano, y no que está simplemente imitando nuestra conducta sin consciencia de sus actos, como el loro que repite palabras sin saber lo que dice? –se interesó uno de los financistas.

–Nosotros teníamos la misma duda –respondió Numlocq– y obtuvimos la confirmación muy pronto. Al poco tiempo de estar operativo, iWilly-10 se reconoció a sí mismo como persona y se negó a ser tratado como máquina. Exigió que se respetase su intimidad, sus horas de descanso y, en general, sus *derechos humanos*. Por eso tuvimos que alojarlo en esta casa, sin que él supiera que lo seguíamos observando todo el tiempo.

”Poco más tarde, demandó que se le hiciera un contrato de trabajo o que se lo dejara marchar –prosiguió Numlocq–. Así que hicimos un contrato de trabajo. Cuando *superó* el período de prueba y el contrato pasó a ser indefinido, solicitó la baja médica por estrés y depresión, y se encerró en su casa a mirar fútbol y porno a todas horas.

”Modestamente –concluyó Numlocq–, creo que nadie había conseguido una máquina tan humana como la que hemos conseguido nosotros.

Pasado el asombro y el regocijo inicial, los patrocinadores retiraron la financiación al proyecto, al que calificaron como “pérdida de tiempo” o “tan inútil como fabricar moscas o cucarachas”.

Mientras tanto, el grupo de Mutterhoch había incubado varios prototipos en úteros artificiales, pero los bebés, a medida que iban creciendo, mostraban más apego a los hornos o a los lavarropas que a las personas con las que interactuaban. El proyecto acabó por suspenderse cuando Mutterhoch pidió una excedencia por maternidad.

Al margen

Antes dibujaba más. Dibujar era una manera de llenar el tiempo en esos períodos de atención flotante en los que uno no puede hacer nada más útil que esperar: una clase aburrida, una llamada de teléfono, una tarea a medio hacer, una hora libre, la vigilia de un examen. Al desaparecer el ámbito escolar, buena parte de esos ratos muertos (o moribundos) desapareció con él; y otros ratos, como las llamadas telefónicas, se vieron modificados por la naturaleza de la conversación (cada vez menos trivialidades con los amigos y más asuntos de trabajo, concretos, concisos), o por el cambio tecnológico (ahora casi siempre atiende de primera una máquina que te sumerge de inmediato en su laberinto de *diga, pulse, inténtelo más tarde*, sin dejar espacio a la distracción). Es decir, ya no hay ocasión para el dibujo irracional, fruto de una mano inquieta que se pasea sola por los márgenes de un cuaderno, trazando patrones de rayas y puntos, bosquejando rostros y monstruos, plantando firmas o nombres o siglas que hoy tienen sentido y mañana serán olvidados.

Excepto cuando debería estar escribiendo un cuento y, en su lugar, aparece esto:

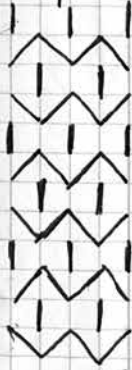
GAS) →

BOEA

KALI



60



KAL-II

Ahora no es ahora

Ahora estoy escribiendo esto. Aunque ahora no estoy escribiendo esto. Esto (y lo que estás a punto de leer) ya está escrito. Porque ahora mismo, cuando lees esto que ves, yo ya estoy haciendo otra cosa...

Temporal V

–Dice el jefe que dejemos este asunto para la semana que viene.

–Estamos perdidos.

–¿Por qué?

–Llevo mucho tiempo esperando que venga esa semana, la famosa semana que se hará cargo de todos los asuntos pendientes. Pero al final nunca viene. Y los problemas los terminamos resolviendo nosotros.

Pixelado

Un escritor contemporáneo se propuso escribir una novela policial, como tantas otras, pero con una curiosidad: las iniciales de los nombres de todos los personajes se corresponderían con las extensiones más conocidas de los archivos informáticos: PPT, JPG, DOC, XLS, PDF, PSD, GIF, BMP, TXT y así siguiendo.

No conforme con ello, intentó que las características de los protagonistas tuvieran alguna relación con el tipo de archivo al que referían: DOC, un catedrático de renombre, era sospechoso del asesinato de TXT, un estudiante de Letras; JPG era un joven policía que desplazaba al anticuado BMP, mientras que TIF era más inteligente, y RAW el más noble y elemental; XLS era un contador en la empresa donde PPT se dedicaba a las relaciones públicas; PDF era un periodista que estaba en todas partes y GIF era un vendedor de segunda contratado por la empresa de HTML.

El escritor esperaba que su público apreciara estas sutilezas, de modo que no mencionó su astuto juego de archivos e iniciales en los distintos actos de

presentación, ni arrojó pistas sobre ello en las entrevistas o en sus columnas firmadas.

Aproximadamente uno de cada diez (o de cada veinte) lectores descubrió el vínculo entre extensiones y personajes, y uno de cada diez (o veinte) de los sagaces comentaron la jugada en foros, chats y redes sociales. A pesar de ello, no consiguieron mejorar la opinión general sobre la novela, considerada como de mala calidad: la resolución del caso era abrupta y pobre, y quedaban muchos detalles sin definir.

Solidaridad

De casualidad me topé a un viejo amigo mendigando en las calles. Hice lo que se debe hacer en estas circunstancias: dejé unas monedas y seguí caminando.

El secreto del éxito

El secreto del éxito consiste en *no* tener el secreto del éxito pero decir que uno lo tiene. A continuación, después de pavonearse un tiempo por ahí simulando poseer la clave de una vida próspera (si es preciso, uno debe endeudarse hasta el límite máximo que le permitan las entidades bancarias) hay que escribir un libro con una serie de lecciones que no conducirán al éxito, pero que tendrán la apariencia de ser buenos consejos para alcanzarlo. (Para ello no hace falta pensar: se puede plagiar, homenajear y/o reformular obras capitales como *El arte de la guerra* o diversos manuales de autoayuda.)

Viniendo de alguien que tiene el secreto del éxito (que *vive* en el éxito), los consejos serán bien recibidos, incluso buscados. Muchas personas estarán dispuestas a pagar grandes sumas de dinero por hacerse con las recomendaciones que desembocan en *el secreto*.

Al cabo de un tiempo (más bien breve) y de dos o tres apariciones remuneradas en foros, conferencias y programas de televisión, uno habrá pagado todas sus deudas y comenzará a vivir el éxito (ahora sí) hasta el fin de los días.

Si en el instante previo a la muerte ocurriera que la mala conciencia, la necesidad de soltar el peso de lo oculto, o un repentino ataque de bondad lo obligaran, uno podría confesar (como confieso yo ahora) la verdadera clave del triunfo. Expresada con la sucinta belleza y la majestuosa sencillez del último suspiro, diría algo así:

Haz lo que yo hago y no lo que yo digo.

NOTA:

Obsérvese que el autor siempre tuvo el secreto del éxito, desde el primer momento, incluso cuando afirma que no lo tenía. Quizás no había alcanzado el éxito como tal, pero ya había trazado un plan para conseguirlo.

La revelación final, por su parte, es una paradoja: se trata de una frase, sentencia o afirmación que, por tanto, no deja de ser un dicho, un consejo, una lección; en consecuencia, según enuncia la propia frase, no debe ser tenida en cuenta.

A todas luces, el autor parece estar dispuesto a llevarse el secreto a la tumba. (O tal vez su éxito fue obra del azar y no de un plan premeditado. O quizás nunca consiguió el éxito y su secreto consiste en que no hay secreto...)

***El típico caso en que se tarda
más tiempo en contar lo que
pasó que el tiempo que duró la
acción que se está relatando***

De eso trata este microcuento.

Holocausto* artístico

Un dibujante creó un personaje sobre papel. Todos los días trabajaba en él, sin poder nunca acabarlo. A veces añadía un nuevo detalle, otras corregía un defecto, borraba manchas o acentuaba algunas sombras. Cada mañana se decía a sí mismo que antes de acostarse tendría el dibujo acabado, listo para darle color, pero aquello jamás ocurría. No acababa de verlo completo, definitivo.

Desolado, le comentó su problema a un colega. Éste le dijo que no había nada de raro, y que un famoso artista también había trabajado durante años sobre un mismo retrato, con tanto celo que no hubo día en que no hubiera soltado una pincelada sobre el lienzo. A medida que pasaba el tiempo, el retrato iba

* **holocausto.**

(Del lat. *holocaustum*, y este del gr. *όλόκαυστος*).

(...)

2. m. Acto de abnegación total que se lleva a cabo por amor.

3. m. Entre los israelitas especialmente, sacrificio en que se quemaba toda la víctima.

Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*, XXII edición.

envejeciendo con el artista: trazos oscuros dibujaban arrugas sobre una piel de tonos cada vez más pálidos y moteada de pequeñas manchas; los finos rastros que semejaban negros cabellos se volvían suaves estrías blancas; las manos, representadas con firmes contornos y aferradas al apoyabrazos de un sillón, se convertían en débiles borrones que se dejaban vencer por la gravedad.

El pintor, obsesionado con alcanzar la excelencia, se dio cuenta de que nunca podría dejar de trabajar en el retrato, porque el tiempo seguía pasando y la imagen sobre el caballete quedaba constantemente desactualizada. Se había sentido obligado a subsanar esta imperfección de su arte, pero ello acabó agotándolo y hartándolo de ese rostro que lo había acompañado durante años y años. Una noche confesó en público que había sido derrotado, que era imposible terminar el retrato y que iba a dejar de pintar en él a la mañana siguiente.

Pero cuando su galerista fue a visitarlo días después, lo encontró tendido en el suelo de su estudio, desangrado por completo. En el cuadro, la figura empuñaba un cuchillo ensangrentado.

Después se supo que había sido asesinado por unos ladrones, cuando intentaba evitar que le robaran el retrato. Pero entonces ya nadie quiso hacerse cargo de aquella macabra pintura, que concluyó sus días aherrumbrada en un sótano, a merced de las ratas y la humedad.

Después de aquella conversación, el dibujante llegó de nuevo a su taller, tomó el dibujo y lo arrojó a una papelera metálica junto con un fósforo encendido y un poco de kerosén.

Endemoniado

Un hombre era supersticioso, sentía atracción por el ocultismo y tenía vocación viajera. No obstante, era perezoso en el estudio, poco afecto a la lectura y reservado en el trato.

Cierta vez conoció a una mujer que decía ser una bruja y tener comunicación con espíritus y demonios, incluso con el propio Satanás. La mujer le ofreció participar en un Sabbat que tendría lugar más allá de los gélidos bosques siberianos. El hombre accedió y, una vez allí, fue inmovilizado y se le fueron quitando sus órganos para venderlos a millonarios enfermos.

El hombre murió al poco tiempo, convencido de que pasaría una eternidad terrenal sirviendo de alimento a la Bestia.

Reformulación políticamente correcta

Dice una pieza que hemos oído alguna vez:

Si un diplomático dice que sí, quiere decir que tal vez. Si dice tal vez, quiere decir que no. Y si dice que no, no es un diplomático. En cambio, si una mujer dice que no, quiere decir que tal vez. Si dice tal vez, quiere decir que sí. Y si dice que sí, no es una mujer.

Ahora bien, de acuerdo a los cánones de corrección política, esto es una aberración machista, infame, execrable, inexcusable, intolerable, despreciable e inflamable. Por lo tanto, desde el Comité por la Igualdad Igualitaria proponemos la siguiente reformulación no sexista que subsane de forma definitiva, tajante y terminante la injusticia histórica y los patrones socio-culturales que subyacen a esta frase de apariencia inocente pero de implicaciones profundas. A continuación, el fragmento de texto que debe ser reformulado:

*Si un diplomático **o una diplomática** dice que sí, quiere decir que tal vez. Si dice tal vez, quiere decir que no. Y si dice que no, no es un diplomático **o una diplomática**. [...]*

Exigimos que las autoridades difundan este texto por todos los canales posibles.

Crédulo

Al oír que todos los caminos conducían a Roma, el joven Marco Tulio le dijo a su maestro que seguiría al azar cualquier camino hasta su final, y que de este modo no tardaría mucho en volver a la capital del Imperio.

Cuando pasaron veinte años sin noticias de Marco Tulio, el maestro supo que no había enseñado adecuadamente a su discípulo el arte de la retórica, en especial la comprensión de las figuras o tropos.

Revolución

En el comando revolucionario discutían las acciones a emprender de manera acalorada, cuando un ciego puso orden y dijo: “Vamos a ver”. Un mudo insinuó que era hora de hacer oír su voz, mientras un sordo pedía que se escuchara el clamor popular. Un manco propuso empuñar las armas y un paralítico sugirió ponerse en marcha de inmediato.

El comando por fin se organizó: al que tenía trastorno obsesivo compulsivo lo pusieron a dirigir las operaciones para sembrar el caos y desestabilizar al régimen; al esquizofrénico le encargaron difundir el discurso de la revolución de manera clara y unívoca; al paranoico le encomendaron las negociaciones para sumar a otras fuerzas; al que tenía síndrome de Diógenes le ordenaron deshacerse de todos los documentos y pruebas en caso de derrota; y al que padecía retraso cognitivo le encargaron las tareas de inteligencia.

Al final montaron barricadas en un callejón sin salida, intentaron prender fuego una fuente, y fracasaron en su conato de cortar la cabellera a un calvo.

Nadería

–¿De qué vamos a hablar hoy?

–De nada, no tengo ganas de hablar.

–Pero entonces, ¿para qué empezamos este diálogo?

–Yo no lo empecé. Ya te dije que no...

–Para que haya un diálogo tiene que haber dos interlocutores. En cuanto me respondiste, empezaste el diálogo, que hasta entonces era un monólogo.

–Dejame en paz, ¿quierés?

–No, no quiero. Primero tenemos que cerrar el diálogo. No me dijiste de qué querés hablar.

–De nada, sí que lo dije: de nada.

–Ah, interesante: la nada. ¿Qué es para vos la nada?

–Este diálogo.

Dislexia

“Plantar un árbol, tener un hijo, escribir un libro”, se repitió en voz baja, repasando.

Acababa de salir de la librería con el primer volumen que compraba en su vida. Alguna antología de Poe o Borges, tal vez. Hasta entonces, siempre había leído de prestado, en la biblioteca, en casa de sus padres o amigos. Por sus evidentes dificultades, nadie se había animado nunca a regalarle un ejemplar. Este era, por lo tanto y al fin, su libro.

“Al pibe le habría gustado”, pensó. El pibe era su hijo. Hacía doce años que no lo veía. Se había separado de la madre por incompatibilidad manifiesta, y los había dejado. Cambió de ciudad, se fue lejos, y no volvió a verlos. Marchó sin despedirse, con un plato de cena caliente esperándolo.

Pese a todo, seguía queriendo a su (ex) mujer. Por algo se habían casado y habían tenido al pibe. Porque algo hubo. Y el recuerdo de ese algo volvía de vez en cuando.

Pasó por el parque, con el libro nuevo en la mano, pensando en el pibe y en su madre. Se detuvo frente a un árbol donde los enamorados ponían sus nombres. Con algo de vergüenza, sacó su cortaplumas suizo y talló un corazón, dentro del que garabateó “Ella y Yo”.

Ruborizado como un adolescente, se alejó con la extraña sensación de que su vida ya era, por fin, completa.

A su manera.

Replicante

- ¡Hola!
- Hola.
- ¿Nos conocemos?
- ¿Nos conocemos?
- Supongo que no...
- Supongo que no.
- ¡Adiós!
- Adiós...

Espera

Pensó en calentar algo para comer, pero se detuvo. “¿Y si llama?”, se dijo. No podía dejar la comida enfriándose mientras hablaba, ni atender el teléfono con dos cucharadas apresuradas llenándole la boca. Tenía que esperar.

Tomó un libro de cuentos, lo manoseó con duda, haciendo pasar las hojas con rapidez e intentando calcular la extensión media de los relatos. Volvió a dejarlo en el estante: no quería que el llamado interrumpiera la lectura. Tenía que esperar.

También abortó una tentativa de barrer el salón, o sacar la basura, o planchar las camisas, o tomarse unos mates, o jugar a un videojuego, o afeitarse, o regar las plantas, o reparar la bicicleta, u ordenar sus discos, o limpiar el armario, o hacer un crucigrama, o cortarse las uñas de los pies, o... No podía, no quería dejar nada a la mitad, truncado por el llamado que estaba a punto de interrumpirlo todo. Tenía que esperar.

Pasó el día tan despacio como solo puede pasar para alguien que transita mil veces por el mismo espacio reducido, con la energía acumulada de una

fiera enjaulada que pide una oportunidad de lanzarse sobre el cuello de su presa. Pasó el día tan lento como solo puede pasar para quien oye cada movimiento del segundero en el reloj de pared, con su constancia enloquecedora. Pasó el día casi tan eterno como solo puede parecérselo a los que invade la duda, los que se cuestionan si aquel final predestinado acabará por no ser infalible. Pero tenía que esperar.

Pasó el día de manera tan estúpida como solo le puede pasar a quienes esperan una llamada y se dejan el teléfono mal colgado.

Temporal VI

–Invertí cinco segundos en leer la oferta de trabajo. Tardé treinta minutos en llegar a la empresa. Le entrevista me demoró una hora. Tuve que ir otro día para firmar la incorporación. Me pusieron a prueba durante una semana. Y ahora me nombraron Empleado del Mes. ¿Qué te parece?

–Como sigas así, el año próximo te hacen un contrato indefinido.

La historia de un fracaso

Se sentó a escribir algo. Empezó con lo primero que se le vino a la cabeza: una situación cotidiana o banal, sus sentimientos presentes, la descripción simple de un acontecimiento insignificante. Pero en cuanto vio el párrafo inicial plasmado sobre el papel (tan igual a otros anteriores), decidió eliminarlo y probar de nuevo.

* * *

Algunos lo llaman *el síndrome de la hoja en blanco*. Es ese terror que invade al escritor (o al creador, en general) cuando se enfrenta a la necesidad de dar forma a algo nuevo y nada surge de su mente. También es el argumento que ha inspirado muchos relatos, tan frustrantes como la frustración de su protagonista (y de su autor).

* * *

Tenía en el suelo, en torno al cesto, una alfombra de papeles arrugados, algunos apenas doblados,

otros hechos un bollo, compactados con ira o desesperación, o empujados a la caída con desgano o cansancio. Papeles con dos, tres o cuatro líneas de palabras destinadas a morir en un malgasto ecológicamente insostenible. Palabras que describían una situación estática, sin movimiento, aunque fuesen señal de un movimiento anterior. Una escena tan aburrida e inerte que congelaba cualquier posibilidad de acción que derivara en un relato.

* * *

Lo intentaba una y otra vez. Arrancaba con algo conciso y concreto. Y luego se animaba. Cuando parecía que por fin iba a encadenar cinco o seis frases con sentido, volvía sobre sus pasos y descubría que no le gustaban, que había algo ahí que no estaba funcionando. No sabía qué ni por qué, pero su instinto nunca lo traicionaba. Así que abandonaba a mitad de la última frase, resignado a que aquello no iba a proesperar, a que ese texto ya no tenía arreglo, como si

* * *

A veces creía haber encontrado el camino directo. Frases sin adornos ni ~~circunloquios~~ rodeos ni ~~palabras de más~~. Al grano. Una base sólida, aunque no ~~ideal~~ perfecta, sobre la que ir ~~construyendo~~ edificando, no sin enmiendas y ~~remiendos~~ parches, un texto con posibilidades de progresar. ~~Por fin creía que estaba por nacer el~~ Pero entonces volvía el bloqueo.

* * *

Recogió los pedazos de papel como quien junta los fragmentos de un jarrón quebrado. Los puso sobre la mesa y los ordenó aleatoriamente, a la espera de que el rompecabezas se armase solo ante sus ojos. Pero no dejaban de ser trozos sin sentido, inacabados, parte de algo que no estaba ahí. Como si las piezas pertenecieran a conjuntos distintos, como si cada una fuera la clave de un arco diferente. Hasta que comprendió que ahí había una historia: la historia de un fracaso.

* * *

Abandonó la búsqueda y se dio por vencido.
Pero no abandonó la búsqueda ni se dio por vencido.

Estupideces

Esta frase es estúpida: “Esta frase es estúpida”.

Apocalicsi sombi

Si mañana habría un apocalicsi sombi, viste, tenés que disparar pa'l calor. Calor y humedá, no vayás a ser tan boludo de irte al desierto.

Calor y humedá, escuchame. Son tus aliados. No solo porque en un lugar caluroso y húmedo vas a poder encontrar morfi por todos lados, viste, que frutitas, que bichitos, agua de sobra, de todo. Eso está bien, no te digo que no, pero no es lo más importante, ¿sabés?

¿Sabés por qué tenés que rajar a un lugar con mucha calor, lleno de mosquitos, con cuarenta y cinco mil grados a la sombra? Porque los sombis se van a estar pudriéndose, ¿me entendés?

Imaginate, ponele, imaginate que estás en la Antártida y te viene el apocalicsi sombi. Cagaste, boludo. El frío conserva las cosas. Ayá no hay microbios jodidos, ni hongos ni ninguna porquería de esas, es todo yelo. O sea que es como meter un lechón en el fríser, va a aguantar ahí hasta que se te ocurra hacerlo a la parrilla. En cambio, si vos dejás un bife dos segundos en la mesada en un lugar caluroso y húmedo, enseguida tenés a las moscas revoloteando. Y atrás

toda clase de bichos, los que ves y los que no ves. Y se pudre enseguida, empieza a largar una baranda fea, sabés, la típica baranda a carne podrida. Y eso es peor, porque esa baranda te trae más bichos...

Así que eso, boludo. Los sombis son como carne muerta afuera de la heladera. En una selva, viste, como la jungla de Tarsán, no te aguantan ni dos días. Se los morfan los microbios, chabón. Y aunque quieran seguir yendo a manyar celebros por ahí, viste, no se van a poder mover: en algún momento se le van a romper las articulaciones y se van a desarmar. Sin múscalos ni cartígalos ni nada de eso, los huesos se separan. Ni la mandíbula aguanta en su lugar, viste, no pueden morder. Alguno va a parecer Terminéitor, el robó re loco ese que estaba hecho mierda y seguía persiguiendo a la mina... Pero no va a llegar muy lejos, va a ir así todo lento, y se lo van a digerir los bichitos antes de que te tocaría una pierna.

Haceme caso, boludo. Si vendría el apocalisci sombi, escapate a un lugar caluroso y húmedo. Ahí safás seguro.

El cobrador

A veces la muerte se te presenta así, de golpe, como un gasto repentino, un embargo o la quiebra (un accidente de tráfico o un ataque al corazón). Otras veces viene despacio, pero se hace sentir, como las cuotas de una hipoteca que se van tragando tus ingresos día a día con inexorable puntualidad, mientras intentás demorar el pago con quimioterapia y tratamientos experimentales. Pero en muchas ocasiones ni siquiera te das cuenta de que está ahí robándote el aliento poco a poco, como esas monedas que dejás ir en la panadería, en el café, en una cerveza. Con la naturalidad de lo eterno, vas soltándole sin conciencia tu modesto patrimonio hasta que un día te das cuenta de que la calderilla no te alcanza ni para un paquete de caramelos. Y ese día estás muerto.

Alas cortadas

Solamente tengo 140 caracteres y un hashtag de #revelaciones para revelar este terrorífico secreto: el cerebro que gobierna todo internet es

Anhelo

Hace más de un siglo, un joven romántico marchaba a casa de una doncella para declararse preso de su amor. En el camino, estudiaba las nubes, las caras de los transeúntes, el vuelo de las aves, el sonido de las cigarras, el aullar de los perros, el perfume de las flores y el sabor de las fuentes, entre muchas otras cosas, a la búsqueda de señales que le indicaran si sería correspondido cuando confesase sus sentimientos.

Así, creyó ver en dos pajarillos que construían juntos su nido la promesa de una futura vida en comunión. Al pasar por el mercado, el aroma suave y tierno de un dulce con forma de corazón fue para él la prueba irrefutable de que el amor verdadero era posible; compró el dulce y se lo comió. En una encrucijada, preguntó a un peregrino si creía que todos los hombres de la tierra eran capaces de hallar la felicidad; el peregrino dijo que era probable, aunque sólo lo sabría con certeza al final del camino. El joven tomó la respuesta por un sí, y prosiguió seguro de que el gozo del querer lo aguardaba en los ojos de su amada.

Por fin, convencido de que los signos eran propicios, llegó a la residencia de la moza y habló sin miedo. La muchacha lo rechazó amablemente, argumentando que su corazón ya pertenecía a otro.

Vida social

A veces pongo en el Féisbuk cosas como: “Ahora voy a salir con la bici y voy a ir hasta tal pueblo, donde voy a hacer un poco de rafting; después me voy a pasar la tarde al pueblo de al lado, que están de fiesta, y voy a participar en el campeonato de [juego de mesa] que ya gané hace dos años”. Así parezco un tipo con una gran vida social, muy activo y poco apegado a las redes virtuales.

Pero después no hago nada. Simplemente me quedo agazapado delante del monitor, esperando ansioso las respuestas (pocas y en general estúpidas) de mis contactos y otros desconocidos.

Plagiando a Cortázar

“Usted está plagiando a Cortázar”, me dijo mientras dejaba el manuscrito sobre la mesa entre asqueado y ofuscado. Muy serio lo dijo, hablando como si me acusara de un crimen horrendo: un parricidio, robar un caramelo a un niño. “¿Y qué pasa si Cortázar me plagió a mí?”, retruqué más serio aún, con el tono chillón e indignado que pongo ante imputaciones injustas y otras ofensas. “Pero escúcheme, insensato: Julio Cortázar se murió mucho antes de que usted aprendiera a escribir, ¿cómo se le ocurre que él podría haberlo copiado a usted?”, censuró con acento grave, aplastado por el peso de la ciencia, de la historia y de la verdad. “No sé, quizás viajó en el tiempo, nunca se sabe. O tuvo visiones en sueños donde yo escribía y él veía lo que yo había escrito y luego, al despertar, transcribió aquello que había visto. O quizás Cortázar nunca existió y es solo una creación mía, tan perfecta, tan autónoma, que hasta parece real”, lo confundí sin más argumentos que la duda.

“¿Habla usted en serio?”, preguntó tras una pausa de meditación e incredulidad. “No, no realmente”, suspiré resignado. “Yo, en realidad, siempre quise plagiar a Borges”, confesé.

Pregunta trampa

Un día estaba dibujando un círculo cuando alguien se me acercó y me preguntó: “¿Qué estás haciendo?”.

Yo le estaba por decir que dibujando un círculo, pero apenas levanté la vista y dejé el lápiz sobre la mesa me di cuenta de que la respuesta correcta era: “Contesto a tu pregunta”.

Motivación

–El fracaso es un estado de ánimo –decía el *coach* al empezar su seminario de motivación–. Si decís de entrada “voy a fracasar”, vas a fracasar. El fracaso no tiene que ser una posibilidad, el fracaso no existe. No tenemos que preguntarnos si vamos o no a tener éxito, sino cuándo vamos a tener éxito. Siempre que estemos seguros de lo que queremos y pongamos nuestro empeño, el éxito va a llegar.

–Perdón, ¿puedo hacerle una pregunta? –interrumpió un asistente.

–Claro, por favor –invitó el *coach*–. Y tuteame, si querés.

–¿Usted alcanzó su objetivo? Disculpe que se lo pregunte, pero no me siento cómodo escuchando esta charla de motivación si el que da la charla no sabe de lo que está hablando, ¿me entiende? –se justificó el asistente, respetuosamente escéptico.

–Sí, por supuesto. Y sí, por supuesto, alcancé mi objetivo –sonrió el *coach*.

–¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cuál era? –curioseó el asistente.

–Claro. Yo quería ser *coach* y dar estos seminarios –se sinceró.

Americanos

En su travesía por las Américas, el viajero de origen morisco Carlos Méndez (seudónimo de Khaled Mandeb) conoció a los distintos pueblos que habitaban las tierras del Nuevo Mundo. En su obra de 1720 titulada *Lo que me encontré por ahí*, cuenta que comenzó su derrotero en las costas de Nueva Inglaterra y que descendió hacia el sur hasta la Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre.

A su paso, Méndez-Mandeb se encontró con asentamientos de hombres a los que describió como “pueblos incivilizados que se comportan de manera fanática según los preceptos de una deidad caprichosa que habla a través de sus sacerdotes, cegados por el poder terrenal y escudados por creencias absurdas en la brujería y las maldiciones”. Un poco más adelante, el viajero se topó con la existencia de “salvajes poco dispuestos al trabajo y más propensos a la guerra, sedientos de sangre y obnubilados por sus ídolos de oro, sus abalorios de plata y sus piedras preciosas”.

Anota, también, que además de todo aquello vio muchos nativos americanos.

Temporal VII

–Llevo años esperando este momento.

–Pues él acaba de llegar. Y ya se va.

El zurdo

Desde chico le habían inculcado algunas supersticiones que jamás lo abandonaron: cruzar los dedos, no pasar por debajo de las escaleras, evitar a los gatos negros y, en especial, empezar todo con el pie derecho.

Sin embargo, y aunque intentaba deliberadamente huir de la mala suerte, su vida era una desgracia. Podría decirse que personificaba la Ley de Murphy y sus más tristes corolarios, principios y anexos: todo le salía mal en la peor combinación posible.

Pero él era porfiado. Estaba convencido de que todo ocurría por su culpa, porque seguramente hacía algo mal, algo que atraía la mala suerte. Así que cada día repasaba a conciencia los pasos que, según las creencias populares, debían asegurarle un buen comienzo.

Su obsesión era el pie derecho. “Si hay algo en lo que me puedo descuidar, en donde más fácilmente puedo cometer un error, es en lo del pie derecho”, se decía. Así que había colocado la cama contra una pared, de manera que solo podía bajarse por el lado en el que, instintivamente, incluso dormido, no tenía más

remedio que apoyar primero la derecha. También dejaba junto a la cama solo el calcetín y el zapato que debía calzarse primero, y a los otros los arrojaba lejos para evitar confusiones. Antes de acostarse, también marcaba el hueco del pantalón por donde debía pasar la primera pierna, y ataba un pañuelo en el otro para que, si por error comenzaba con el pie indebido, el nudo le impidiera avanzar. Y así con todo.

No obstante, las desdichas continuaban: la suerte no llegaba y todo le salía al revés. Entre sus muchos desaciertos se encontraba el de confundir habitualmente la izquierda y la derecha.

En la cuerda floja

En un tendal, dos sogas hablan entre sí:

–Perdoname que te lo diga, pero estás re-colgada –dice una.

–Habló la cuerda –le responde la otra.

(Risas, aplausos y bajada del telón).

Mi primer poema

Mi primer poema
no es un poema
sino que es un texto
escrito con saltos de línea
para que engañe a la vista
del lector desatento
(o atento pero indiferente)
haciéndole creer que tiene delante
la obra de un poeta
y no la de un vago poco creativo
que está a estas horas de la madrugada
pulsando incoherencias en un teclado
y que ni siquiera es capaz
de poner un signo de puntuación
que no sean los anteriores paréntesis
o el punto final que viene a continuación.

El grillete

Al principio fue una molestia en la muñeca, una sensación ligera y difusa que no podía achacar a nada en concreto. Después le aparecieron las marcas en el antebrazo, huellas rosadas de distinta intensidad que trazaban paralelos alrededor de una sección de piel; cicatrices efímeras de una herida sin daño que se desvanecían al poco de ser descubiertas.

Pero entonces comenzó la escalada: la molestia tornó en estrangulamiento, como si una boa disfrazada de correa (o peor, una cadena) se le enroscara para cortar la circulación e inutilizar la mano; a la vez, la acción de la gravedad convertía al brazo en un peso muerto que le costaba levantar.

No hizo falta mucho para que la opresión fuera completa: un grillete lo atenazaba, restringía sus movimientos y anulaba sus impulsos con dolorosas advertencias; lo obligaba a girar en círculos y, con cada vuelta, se reducía aún más su radio de acción. Hubo un momento en que esa garra que lo sujetaba se convirtió en el centro del universo, en el oráculo del destino y en el tirano al que debía suplicar permiso para el más mínimo gesto.

Por eso dejó de usar reloj.

Errante

Lo había perdido todo buscando esa silueta errante que vio una vez por la ciudad: una sombra misteriosa, cautivante y peligrosa; un enigma en movimiento, una duda imperiosa.

Había oído que rondaba por el centro, o en un barrio de las afueras; que salía de noche o viajaba en tren de día; que dormía en las plazas y se bañaba en las fuentes; que se escondía en las estaciones o en los portales oscuros.

La perseguía sin pausa, y sin resultados. Donde fuera que la buscara, la silueta errante ya había desaparecido. Parecía presa de un embrujo que le impedía controlar sus propios pasos, que la obligaba a vagar sin ton ni son por pasajes y callejones, rondando sin patrón ni sentido. No había forma de anticipar sus huellas, de predecir su destino.

Pero él lo intentó. Olvidó su casa, su familia, sus amigos, su trabajo, su vida entera, consagrándose de lleno a la perpetua persecución de una sombra impredecible.

Y por fin, contra todo pronóstico, la encontró.

En la misma calle donde aquel día tuvo por primera vez la extraña sensación de que una figura fugaz

se movía sombría entre la gente, apartada de la gente; en la misma esquina donde la vio desaparecer y perderse para siempre; contra ese escaparate anticuado y venido a menos que solía ignorar camino de la oficina; allí, en ese preciso lugar, él volvió a toparse con su propio reflejo.

Troll on fire

Los *trolls* (de internet) son como una hoguera: cuanto más leña les das, más se crecen; y te acaban quemando.

Galimatías manifiesto

El tipo odiaba a la humanidad y a la civilización (a la Civilización con mayúsculas y a cualquier civilización puntual circunscrita en el tiempo y el espacio). No toleraba el orden social ni las teorías, religiones o ideologías que le daban sustento (o coartada). No comulgaba tampoco con ninguna utopía política ni con ideas revolucionarias. El tipo tenía su propia y personal visión acerca de cómo debía ser el mundo, la vida y la organización del ecosistema planetario.

A lo largo de dos décadas, aislado en la espesura de un bosque salvaje, el tipo escribió de su puño y letra un Manifiesto en el que plasmó todo lo que pasaba por su cabeza. Consideró que aquella magna obra significaría un quiebre en la Historia del Universo, una herencia que legaría a la Tierra, el testamento que daría origen a una Nueva Era.

Pero cuando hallaron los cientos de cuadernos apilados junto a su cadáver poco se pudo hacer: los más antiguos expresaban de manera confusa cavilaciones incoherentes y contradictorias, con premisas aleatorias y conclusiones falaces; y los últimos estaban llenos de garabatos en los que resultaba imposible reconocer letras o palabras.

Secuestro Muy Sofisticado

Sr. Fulano: tenemos secuestrado a su hijo. Si desea verlo otra vez con vida, envíe la palabra RESCATE al 666*.

*Coste del mensaje: 1.000.000 € +IVA. Promoción por tiempo limitado. Solo válida en Península y Baleares.

Engañado

–Cuando sea grande, voy a ser rey –dijo el joven a su maestro–. Voy a armarme caballero y seré el más valiente de entre todos. Ganaré fama y dinero, y conseguiré que me nombren protector de una marca o de un ducado. Y luego conquistaré y ganaré tantas batallas que acabaran por nombrarme rey de reyes.

–Me parece bien –opinó el maestro.

–Voy a tener un castillo gigante, inexpugnable y luminoso, con mármoles en suelos y paredes, y estatuas y armaduras y estandartes. Tendrá enormes riquezas y lujos que compartiré con todos mis amigos y mis más fieles servidores. Y voy a gobernar sabia y justamente, y todos me van a adorar.

–Me gusta que pienses así –acotó el maestro.

–Y me voy a casar con una bella princesa y vamos a tener muchos hijos que serán hermosos y nobles e inteligentes. Y mi hogar será feliz, lleno de alegría y risas y sol y flores, incluso en invierno.

–Bonito futuro –evaluó el maestro.

Y el muchacho partió a enfrentarse con la vida.

El maestro, ya anciano, vio regresar años después a una figura harapienta, apoyada en un bastón para compensar la pierna ausente. Tras la melena enmugrecida, una mirada tuerta y llena de reproche enfrentó al viejo sabio:

–¿Me recuerdas? –preguntó.

–Claro. Eras mi aprendiz –reconoció el anciano–. ¿Qué fue de tu vida?

–Quise ser un noble, pero acabé al servicio de uno. Bajo su mando, tuve que saquear aldeas y quemar granjas. Los campesinos nos odiaban y, en cuanto tuvieron oportunidad, intentaron asesinarme. Debí huir, pero el noble consideró que fue un acto de cobardía y me proscribió. Tuve que refugiarme en los suburbios de una ciudad apestosa y vivir entre ladrones y contrabandistas. En esos ambientes tan sórdidos, mi cuerpo fue llenándose de mutilaciones y cicatrices. Todas las mujeres me despreciaron. No hace falta aclarar que no he tenido hijos. Tampoco tengo amigos: mi aspecto y mis negocios espantan a cualquiera. Ahora, inútil, tullido y envejecido, apenas si puedo mendigar para gastar las pocas monedas que consigo en algún vino que me ayude a olvidar penas y dolores.

–Lamento oír eso. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

–Ya nada. El daño está hecho. La vida no fue como habíamos hablado. Ahora solo me queda matarte.

–¿Matarme? ¿Por qué?

–Me engañaste.

Hacinamiento

Cuando era joven, su cabeza estaba llena de ideas que no sabía cómo plasmar. Así que empezó a estudiar todas las formas de arte posibles para disponer de los mejores canales que dieran salida a tanta música, tantas imágenes, tantas aventuras.

Cuando completó sus estudios, su cabeza estaba llena de estructuras vacías que no tenían nada que plasmar.

Perder el tiempo

De repente me di cuenta de que había perdido el tiempo tratando de encontrar el tiempo perdido.

Metaforado

–Una metáfora, para ser efectiva, no debe ser tan burda que acabe por parecer un chiste malo con explicaciones; ni tan sutil que su referencia se pierda como el hilo de una conversación absurda.

–No te entiendo.

–¿Qué es lo que no entendés?

–Eso de la metáfora, el chiste malo, el hilo...

–O sea: nada. ¿Querés que te lo aclare más?

–Sí, empezá por lo del chiste.

–¿Qué pasa con el chiste?

–¿Qué es eso de un chiste malo explicado?

–Y... es un chiste... Es un chiste malo, porque no hace mucha gracia; y encima te lo explican, por lo que acaba por perder la poca gracia que le hubiera podido quedar. Porque la gracia de los chistes reside en que quien los escucha interprete el juego de palabras o de situaciones que los chistes casi siempre plantean o trastocan.

–Sigo sin entender nada. Dame un ejemplo.

–A ver... ¿Conocés el chiste del elefante escondido detrás de una flor?

–No, ¿cómo es?

–Es así: “¿Alguna vez viste a un elefante escondido detrás de una flor?”.

–Pues sí que es malo, no veo dónde está el chiste.

–Es que ahí no termina, tenés que responderme.

–¿Responder qué?

–¡A la pregunta “¿Alguna vez viste a un elefante escondido detrás de una flor?”!

–¿Y cómo se supone que responda a eso?

–Fácil, es una pregunta de sí o no.

–Qué sé yo... Sí.

–¿Cómo que sí? ¿De verdad viste a un elefante escondido detrás de una flor?

–¡No, pero...! No sé si habré visto un elefante en persona alguna vez en mi vida.

–¡Entonces decí que no, ganso!

–¡Qué te enojás, salame! Es un chiste, yo qué sé si hace falta decir o no la verdad.

–En los chistes que plantean preguntas, lo más normal es que tengas que responder con la verdad.

–Bueno, dale: “No”.

–¿Viste qué bien que se esconde?

–¿Quién?

–¡El elefante, boludo!

–Ah, claro. Seguí.

–No, ya está, ahí termina.

–No lo entendí.

–¡Por favor, si es boludísimo!

–Será para vos, yo no lo entiendo.

–Pensá: si no ves a un elefante escondido detrás de una flor es porque un elefante es enorme y una flor, aunque sea la más grande de la Tierra, no puede taparlo nunca. Si un elefante quisiera esconderse lo

haría dentro de un bosque, tras un médano o de un edificio de departamentos, pero no detrás de una flor. Es imposible que un elefante se esconda detrás de una flor. Sin embargo, cuando vos respondés que no, que no lo viste (porque te estás imaginando al mastodonte acurrucado torpemente detrás de una margarita), el que cuenta el chiste retuerce la situación y te dice “¿Viste qué bien que se esconde?”, dando por sentado que el elefante logró esconderse detrás de la flor y que, si no lo viste, era porque estaba bien escondido.

–¿Un edificio de departamentos, dijiste?

–¿Qué, cuándo?

–Dijiste que un elefante no se escondería tras una flor pero sí tras un edificio de departamentos.

–Sí, bueno, es un ejemplo de cosas grandes...

–¿Pero los elefantes no viven en África?

–Sí, y en Asia, y en el zoológico de acá y en el circo de allá. Y en todos esos lugares también vive gente que hace edificios de departamentos. ¿A qué viene eso?

–¿Y alguna vez viste a un elefante escondido atrás de un edificio de departamentos?

–No, pero... ¿Qué, es otro chiste?

–¿Entonces cómo sabés que se escondería ahí?

–Yo no dije... Mirá, dejalo ahí.

–¿Dónde, atrás del edificio?

Olvidadizos

Los señaladores (también conocidos como marcapáginas) fomentan el olvido. Casi tanto como los libros que diseccionan.

Grandilocuencia radikal

Sí, soy anarquista. Y radical. Hay que destruir el sistema desde la base, incluso si eso implica que desaparezca la humanidad tal como la conocemos.

Cualquier acción es válida. Cualquier disrupción del orden establecido, cualquier transgresión a la norma y al *statu quo* es el camino hacia el caos regenerador, hacia ese magma incandescente en el que arderá la hipocresía social y del que nacerá una nueva forma de vida.

No hay que tener miedo a desafiar el poder, que se oculta tras las fachadas de la ingenuidad y de lo políticamente correcto. La ecología, por ejemplo, es una coartada coercitiva. Bajo el pretexto de querer proteger el equilibrio planetario, en realidad se quiere perpetuar el equilibrio de fuerzas sociales, la concentración de las riquezas que implica el control estatal sobre la explotación “sostenible” (en el tiempo, para *ellos*) de los recursos naturales.

Las campañas mediáticas que siembran el pánico sobre la contaminación, el efecto invernadero y el calentamiento global, la muerte de las abejas, el agujero en la capa de ozono o la caza de las ballenas

son parte del terrorismo ecológico de estado financiado por las grandes corporaciones y ejecutado a través de los medios de comunicación masiva, para que nos entreguemos presas del miedo a la regulación, expropiación y enajenación, nacional y supranacional de lo más esencial en la vida de cualquier individuo: su medio ambiente.

Los desesperados intentos de conservación buscan evitar que las arrolladoras fuerzas de la mutación, la desertización, la inundación, la extinción o la glaciación provoquen cambios tan profundos en nuestro ecosistema y, por lo tanto, en nuestro modo de vida, que alteren definitivamente los cimientos sobre los que reposa toda civilización: la economía, las clases sociales, la propiedad, los derechos adquiridos.

Así que voy a aportar mi granito de arena en la lucha y voy a contribuir con gestos antiecológicos. Hoy, sin ir más lejos, tiré el tetrabrik de la leche chocolatada que me tomé entre los yuyos de la Reserva Ecológica. A la mierda con el sistema.

Método científico

–¿Habrá vida después de la muerte?

–Solo hay una forma de averiguarlo.

Vida eterna

Cierta vez, un hombre muy rico preguntó a un erudito si conocía el secreto de la vida eterna; añadió que estaría dispuesto a pagar muy bien por hacerse con él. El erudito lo citó esa misma noche en su casa y le prometió que, antes del amanecer, sabría cómo alcanzar la inmortalidad; y que, además, renunciaba a cualquier pago, estipendio, remuneración, honorario o gratificación que el hombre rico fuera capaz de ofrecerle, pues el saber no tenía precio, y compartir y extender el conocimiento era la recompensa más grande que un filósofo podía desear.

Apenas cayó el sol, el hombre rico se presentó en el domicilio del erudito, vistiendo sus mejores galas para la ocasión más importante de su vida, con frac, sombrero de copa, faja de seda roja, reloj de bolsillo, gafas con montura de oro y bastón con empuñadura de plata. El erudito lo hizo pasar y, sin más prelude, lo condujo a la biblioteca donde, según dijo, los esperaban otros hombres que ya habían alcanzado la vida eterna.

Cuando llegaron a la enorme habitación, plagada de estanterías de madera cubiertas por

incontables volúmenes, el hombre rico se sorprendió de no ver a ninguna otra persona, aparte del erudito. Cuando preguntó dónde estaban los demás, recibió esta respuesta:

“Aquí están todos. Platón y Aristóteles, Virgilio y Homero, Poe y Dickens, Kant y Hegel, Montesquieu, Rousseau y Voltaire, Locke y Hobbes, Stendhal y Baudelaire, Borges y Cortázar, Cervantes, Shakespeare y Goethe, Einstein y Russell, Tolstoi y Dostoievski, Lorca y Unamuno, Plutarco...”

El erudito dio la espalda al hombre rico para admirar la magnitud de sus libros mientras proseguía con la enumeración; el hombre rico aprovechó la ocasión y golpeó al erudito en la cabeza con el bastón. El erudito cayó y el hombre rico volvió a golpearlo tres veces más, cada vez con mayor fuerza. Después limpió la sangre del bastón con un pañuelo blanco, prendió fuego a la biblioteca y se marchó a buscar la vida eterna en otra parte.

Entendidos

Dicen los entendidos que los sobrentendidos suelen evolucionar a malentendidos.

Artifugios del habla

Un investigador creó una máquina para comprender idiomas. Conectándose unos electrodos a la cabeza, un sujeto podía entender todas las lenguas sin necesidad de estudiarlas.

Al mismo tiempo, un inventor construyó otro artificio: una suerte de máscara-altavoz a través de la que una persona podía expresarse en cualquier lenguaje deseado. Bastaba con hablar en la lengua materna y el aparato se encargaba de traducir en simultáneo.

Ambos inventos adquirieron fama y pronto se comercializaron por todo el globo. Al cabo de un par de años, no hubo quien no tuviera en su poder al menos uno de los dos prodigios.

De este modo, humanos de distintas razas, culturas y sensibilidades nacionales pudieron comunicarse entre sí con natural fluidez.

Pero pasado el entusiasmo inicial siguió habiendo mentiras, malentendidos, ofensas, conspiraciones, y la mayoría de la gente continuó sin tener nada importante que decir.

Silencio

Sopla el viento. Un perro ladra. La lámpara zumba ligeramente. Una mosca se golpea una y otra vez contra el cristal de la ventana. A lo lejos pasa un auto. Las agujas del reloj (o los mecanismos que las mueven) entonan su eterno *tic-tac*. El tejado escurre el agua de la lluvia reciente. El mar aparece y desaparece en ráfagas que recuerdan el ir y venir de sus olas. Unos pasos en la vereda, una conversación banal. Mi respiración cortada por un suspiro o un bostezo. Un pajarito pía (tal vez son dos), mientras sobrevuelan los graznidos de un córvido, como si protestara por algo. La silla cruje cuando me reclino y los pies sisean cuando se arrastran por el suelo. Una rama se quiebra, y un higo cae y se estrella contra el empedrado. Alguna articulación se acomoda con un *iclack!* El bolígrafo rueda sobre el papel, raspándolo suavemente mientras deja correr la tinta espesa. Y por detrás de todo eso, un imperceptible e incómodo ruido blanco que parece no surgir de ninguna parte y estar en todos lados, como si fuera la suma atenuada de todos los sonidos del Universo.

Supongo que esto es el silencio.

Seguí soñando

“Vas a ser un escritor de éxito el día que dejes de escribir sobre tus sueños y escribas más sobre sexo”, me dijo la editora desde la cama deshecha, en un sueño.

La verdadera lluvia

–La verdad es una construcción social –soltó X con el entusiasmo del saber recién adquirido.

–Ya está el relativista –suspiró Y, aburrido de teorías y entelequias.

–No, de verdad, nada es absolutamente verdadero o falso –insistió X, sin tener en cuenta que se le escapó, al principio de la frase, una *verdad* que nada tenía que ver con su idea de la verdad.

–Vamos a ver –suspiró Y, cansino–: ahora llueve. Da igual que toda la sociedad diga que no llueve. Llueve y punto. Y por más convencidos que estemos de que no llueve, cuando salgamos a la calle sin paraguas nos vamos a mojar. Y punto.

–No funciona así –se quejó X–. La lluvia es una definición social.

–La lluvia es agua cayendo del cielo –replicó Y.

–¿Cómo una nevada? También es agua cayendo del cielo, pero vos no llamarías a eso lluvia –contrapuso X–. Los científicos hablan genéricamente de *precipitaciones*, pero vos no mezclarías así como así lluvia con nevada con aguanieve.

–¿A dónde querés llegar? –se impacientaba Y.

–A que, para decir que ahora llueve, tuvimos que definir primero, socialmente, lo que es la lluvia. Si hubiésemos definido *lluvia* como caída de agua del cielo mayor a cuatro litros por segundo, quizás no diríamos que ahora llueve –graficó X.

–Pero si salgo a la calle, me mojo igual –protestó Y.

–Bueno, no, parece que ya paró –observó X.

–Entonces me voy, que me están esperando –se despidió Y.

Salió a la calle y se empapó. Estaba lloviendo.

Delay

–Cuando termines de leer *ahora*, ya será *entonces*.

–¿Y entonces?

–Es ahora.

Veinte

Cuando se acerca el Mundial, una final de Libertadores o de Champions League, la última jornada del campeonato local o cualquier otro gran evento futbolístico, no faltan los detractores que salen a menospreciar el interés general que se palpa en el aire por el Deporte Rey, y lo vituperan reduciéndolo a la nadería más bobalicona que se les ocurre.

Pero quien dice que el fútbol son “veintidós boludos corriendo atrás de una pelota” no entiende nada, no sabe nada. La mera enunciación de la frase refleja un desconocimiento profundo sobre el balompié, su dinámica, sus actores, su lógica. Ninguno de estos superados contraculturales repara, por ejemplo, en la figura del arquero.

Los arqueros, uno por equipo, son tipos que no quieren saber nada con el balón, que respiran tranquilos cuando lo ven lejos y que sufren cuando se les viene encima. Al contrario que la mayoría de sus compañeros detestan la presencia del esférico, no sienten la necesidad de controlarlo, amasarlo, doblegarlo, obligarlo a hacer piruetas en el aire y conminarlo a una trayectoria curva, perfecta, hacia

el ángulo recto de palo y travesaño. Todo lo opuesto: apenas toman la pelota, los porteros la revolean lejos, con un pelotazo casi despectivo a la mitad de la cancha, como una amenaza (“no vuelvas por acá, no sos bienvenida”); y si sus coequipers se empeñan en pasársela para jugar corto, los arqueros sufren con los pies como un equilibrista sin red en la cuerda floja.

Los guardametas odian a la pelota. Le dan puñetazos, la tiran afuera del terreno de juego, la aplastan con su cuerpo contra el suelo, la alejan de sí todo el tiempo. Incluso la escupen, indirectamente, cada vez que empapan sus guantes de saliva antes de sujetarla. Y la insultan en susurros cada vez que tienen que ir a buscarla al fondo del arco, mientras ella parece sonreírles cómoda y burlona entreverada en la red.

Por eso, cuando alguien dice que el fútbol son veintidós boludos corriendo atrás de una pelota, no entiende nada. Son veinte, nada más.

Impostores

A veces uno escucha un nuevo grupo de música, o lee a un nuevo escritor (nuevos para uno, porque quizás sus discos o sus libros llevaban en estanterías años o décadas) y tiene una extraña sensación de descubrimiento, como si acabara de encontrar una verdad, o la Verdad.

Es difícil decir en qué consiste esta sensación: pareciera como si todo lo oído o leído con anterioridad fuesen imitaciones, falsificaciones, ensayos fallidos, maquetas, prototipos o versiones en baja calidad de lo nuevo, que se presenta como lo auténtico, como el proyecto acabado, como el final del camino, la obra completa, terminada, perfecta hasta en sus más mínimos detalles.

Es una sensación pasajera. Es el impacto, el golpe, la bocanada de aire que sacude el rostro con aromas desconocidos. Luego esa música, esos textos, ingresan en la nómina de impostores tras el siguiente descubrimiento.

Opiniones

Según especulan algunos historiadores, en el transcurso de la década de 1980 la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas lanzó una misión tripulada hacia el planeta Marte. Allí, los cosmonautas plantaron una bandera roja con la hoz y el martillo amarillos, recogieron muestras del suelo y del aire, y excavaron el terreno infructuosamente en busca de agua subterránea. Pero nunca volvieron a casa.

Una corriente de pensadores cree probable que la tripulación se haya topado a su regreso con un agujero de gusano, arribando así a la Tierra aunque mil millones de años en el pasado. Según los partidarios de esta hipótesis, los cosmonautas habrían muerto en la enrarecida atmósfera del joven planeta, mientras que las muestras marcianas habrían contaminado la incipiente vida terrestre con bacterias y otros microorganismos del planeta rojo. Ello habría dado origen a formas de vida alteradas cuyo camino evolutivo no habría conducido al *Homo sapiens*, entre otras muchas especies que jamás habrían llegado a existir.

Hay paleontólogos, otros historiadores y numerosos biólogos que no están de acuerdo con estas tesis.

Migración ética

Era un tipo tan educado y pacífico que, cuando estalló la guerra civil, se fue del país para no estorbar a los que estaban peleando.

Cuento de relleno

–¿Esto es de relleno?

–Nada es de relleno.

–¿Y el relleno de una empanada, por ejemplo?

–Sin relleno, no habría empanada. Así que no está de relleno.

–¿Y los extras de una película? ¿Y los figurantes?

–¿Y el telón, y el escenario, y los vestuarios? ¿Sería igual una película si solo hubiera actores desnudos sobre un fondo negro, o tal vez solo voces en la nada?

–Entonces me asegurás que esto no es de relleno.

–Esto es lo que es y está para lo que está.

–Pero convengamos que, por sí solo, el texto no vale gran cosa.

–Quizás, si estuviera aislado.

–¿Y no lo está, con una entrada para él solo?

–Nada está nunca aislado. Así que el entorno completa el sentido y le otorga valor.

–¿Y por qué en forma de diálogo?

–Para establecer un contrapunto, para abrir el paraguas, para darle voz a la posible objeción del lector y poder responder de inmediato.

–¿Qué objeción?

–Sabía que ibas a preguntar eso.

–Ya veo. Y ahora es cuando lo dejamos pensado.

–Pero solo por unos segundos.

Triple negación

No se me ocurrió nada que escribir acá.

Bucle

–Llega tarde –le dijo el Jefe a Randazzi apenas lo vio traspasar la puerta de entrada.

–Lo sé, Jefe –respondió Randazzi–, pero se me estropeó el despertador y me quedé dormido. Entonces tuve una pesadilla: soñé que llegaba tarde al trabajo y me desperté cuando usted me increpaba en la puerta.

Ideas revolucionarias

Si lo que vos querés es una revolución de verdad, una Revolución con mayúsculas, de esas donde revienta todo, necesitás un toco de guita.

Y cuando digo un toco de guita, digo un toco de guita: tenés que agarrar la fortuna del tipo más rico del mundo, tipo multimegamillonario, el primero de la lista *Forbes*, y juntarla con la balanza comercial de Arabia Saudita, algo así.

Y vos me dirás: para qué mierda querés la revolución con semejante cantidad de guita. En el mejor de los casos, viste, agarrás toda esa mosca y solucionás los problemas del mundo: plantás lechugas en el Sahara, con toda esa plata, y además hasta crecen y todo. En el peor de los casos, si no, te chupa un huevo la revolución y todo lo demás: te hacés un silo como el del Tío Rico y te dedicás a zambullirte en billetes, tirándote pedos que suenan a motor de Ferrari.

Pero partimos de la base de que queremos una Revolución grossa, como Dios manda, un quilombo a escala planetaria. Entonces tenés que usar toda esa guita para otra cosa. ¿Y en qué te la gastás? ¿En armas?

No. Ni siquiera en armas químicas o nucleares. Nada de armas. Ya hay demasiadas armas en el mundo, lo que hace falta para crear un bolonqui de la gran siete es provocar a la gente para que use esas armas.

¿Entonces qué? ¿Imprimimos libros, panfletos, hacemos cine revolucionario? No, ya está lleno de boludeces anarquistas, trosquistas, marronistas, y no se las lee nadie. Y las películas... las películas... a lo sumo inspiran un par de blogs de *fan-fiction*.

Nada de eso. Con toda la guita vas y te comprás los derechos de televisión de todos los campeonatos de fútbol del mundo. Todos. En exclusiva. Y después no televisás ni un puto partido. Vos dejás que se jueguen, viste, pero no los das por ningún canal.

Al tercer día sin fulbo en la tele, haceme caso, se pudre todo.

Románticamente equivocado

Voy a serte sincero: la primera vez que te vi, estaba convencido de que eras la mujer con la que pasaría el resto de mis días. Vi a la que me cuidaría cuando estuviera enfermo, y a la que yo cuidaría cuando llegara la vejez. Vi a la mujer con la que construir un hogar, con su jardín y su perro. Cuando te vi, vi a la madre de mis hijos.

Hasta que me di cuenta de que no eras mi esposa, sino otra persona.

Razonable

Un día, por un momento, recuperé la razón que había perdido. Mi locura me impidió reconocerla, y la dejé tirada por ahí, entre papeles, ideas nobles y residuos orgánicos.

Cambio y fuera

Gira la última página, cierra el libro y levanta la vista.

ÍNDICE ALFABÉTICO

360°	35
Abismo	40
A dos bandas	20
Ahora no es ahora	82
Alas cortadas	111
Alguien hizo algo.....	62
Al margen.....	80
Americanos	118
Anhelo	112
Apocalicsi sombi	108
Artifugios del habla.....	144
Bucle.....	158
Cambio y fuera.....	163
Ceguera	68
Coincidencia presuntuosa	27
Crédulo.....	95
Creyente	59
Cuentas	57
Cuento de relleno.....	155
Cuento y corto.....	19
Delay	149
Descubrimiento ambiguo	72

Diez consejos para emplear bien el inglés sin parecer un tilingo.....	24
Dislexia.....	98
El cobrador.....	110
El grillete.....	124
Ellos.....	32
El paso de montaña	41
El perro	51
El peso de la probabilidad	75
El secreto del éxito.....	87
El secreto del secreto	23
El superhéroe.....	36
El típico caso en que se tarda más tiempo en contar lo que pasó que el tiempo que duró la acción que se está relatando	89
El vivo después de la muerte	30
El zurdo	120
Endemoniado.....	92
Engañado	130
En la cuerda floja	122
Entendidos.....	143
Errante	125
Espera	101
Esto no es sobreestrújula.....	43

Esto no es un texto.....	50
Estupideces	107
Galimatías manifiesto.....	128
Grandilocuencia radical	138
Hacinamiento	132
Hinduljensia	60
Holocausto artístico.....	90
Ideas revolucionarias.....	159
Idolatría	48
Idolatría 3.0	49
Igual no es igual	33
Impostores	152
Inteligencia artificial.....	76
La historia de un fracaso	104
La verdadera lluvia	147
Literatura infantil	66
Los inmortales	54
Metaforado.....	134
Método científico	140
Migración ética	154
Mi Muro	73
Mi primer poema	123
Motivación	117
Nadería.....	97
Olvidadizos	137

Opiniones	153
Paso en falso	26
Perder el tiempo	133
Pixelado.....	84
Plagiando a Cortázar.....	115
Pregunta trampa	116
¿Qué se siente?.....	69
Razonable.....	162
Razón de eficiencia	45
Revolución	96
Reformulación políticamente correcta.....	93
Replicante	100
Románticamente equivocado	161
Secuestro Muy Sofisticado.....	129
Seguí soñando.....	146
Señales apocalípticas	46
Silencio.....	145
Solidaridad.....	86
Suerte finita.....	63
Temporal I	29
Temporal II	42
Temporal III.....	53
Temporal IV	65
Temporal V	83
Temporal VI.....	103

Temporal VII.....	119
Triple negación	157
Troll on fire	127
Una tarde de lluvia.....	56
Veinte	150
Vida eterna.....	141
Vida social	114

*Todo lo que acaba de leer alguna vez tuvo sentido.
Si no lo encontró, inténtelo de nuevo: puede que
haya desaparecido o puede que todavía siga ahí,
agazapado en una palabra tramposa.*

CU3N70 Y CORTO

Una antología de microcuentos
y relatos breves.

Una caja de bombones.

Cortes en la realidad continua para
espiarla desde otro punto de vista.

Pequeñas piezas, acotadas al máximo en
el espacio y en el tiempo, como el punto
matemático acusado de originar el
Big Bang: lo minúsculo buscando ser el
disparador de lo infinito.

Anhelos, creencias, superhéroes,
metáforas, tiempo, muerte, silencio,
humor, magia, lluvia, secretos, sueños,
descubrimientos y enumeraciones.

Esto y aquello.

